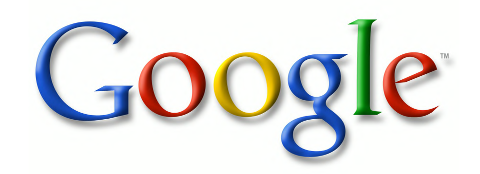


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

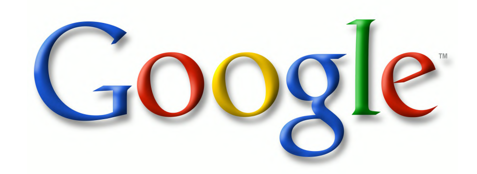
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

868
R620
C96

B 855,960

DISCURSO

NECROLÓGICO LITERARIO

EN ELOGIO

DEL EXCMO. SR. DUQUE DE RIVAS,

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

LEIDO EN LA JUNTA PÚBLICA

CELEBRADA PARA HONRAR SU MEMORIA,

POR

EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,
Académico de número.





MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1866



DISCURSO

NECROLÓGICO LITERARIO

EN ELOGIO

DEL EXCMO. SR. DUQUE DE RIVAS,

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

LEIDO EN LA JUNTA PÚBLICA

CELEBRADA PARA HONRAR SU MEMORIA,

POR

EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,
Académico de número.



MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1866

868
R620
C96

DISCURSO

NECROLÓGICO LITERARIO

EN ELOGIO DEL DUQUE DE RIVAS.

ÍNDOLE ESPECIAL DEL POETA.
CARACTER DEL HOMBRE.

SEÑORES:

Aun no habeis olvidado, porque nunca se olvida lo que estampa la amargura en el fondo del corazon, que al comenzar el año de 1862 nos reunimos en este glorioso recinto para rendir al sabio Director de la Real Academia Española, *D. Francisco Martinez de la Rosa*, un tributo de admiracion y de lágrimas.

No sólo perdíamos en él, como académicos, un Director, un amigo, un poeta, un historiador, un hablista, un filólogo insigne. Tambien sentíamos dolorosamente, como españoles, el vacío que dejaba en esferas de mayor pugna, de mayor estrépito y de

más arduos afanes, el prudente estadista, el elocuente luchador parlamentario, el acrisolado patricio, que no aceptaba ni comprendia dogma alguno político en que no se halláran mezclados y confundidos, como partes inseparables de un íntimo y armonioso conjunto, la concordia, el órden, la justicia, la libertad.....

Trascurrido el breve espacio de tres años, abierta todavía en nuestra alma la dolorosa herida, otra nueva, igualmente profunda para vosotros, y para mí, no puedo ocultarlo, aun más acerba, nos reune ahora para cumplir el triste deber de tributar á otro Director esclarecido, cual noble ofrenda de duelo y de veneracion cariñosa, la pública y solemne memoria que consagramos hoy á su encumbrado entendimiento, á su envidiable fama, á sus nobles prendas, á sus acendradas virtudes.

No necesito deciros que si alguno de los muchos elocuentes varones que cuenta en su seno, llevase la voz de la ilustre Academia, el homenaje que hoy rendimos ante el esplendor de una tumba, tendria sin duda mayor lucimiento y más altos quilates. No se escondia esto á mis ojos; y sin embargo, he aceptado gustoso el difícil encargo de conmemorar en esta esclarecida asamblea los eminentes merecimien-

tos literarios del DUQUE DE RIVAS, y de encarecer la profunda afliccion de que todos nos hallamos poseidos al ver desaparecer para siempre al que era para nosotros un estímulo, un afecto, una lumbrera y una gloria.

No atribuyais á temerario engreimiento este propósito ambicioso. Más nobles impulsos han movido mi ánimo. El DUQUE DE RIVAS, con quien me unian, no sólo lazos de parentesco, sino íntimas afinidades de hábitos, de aficiones y de afectos, era para mí más que un deudo, más que un amigo: era un tierno y cariñoso hermano: constituia una de esas figuras que forman parte de nuestra existencia moral, que acompañan siempre nuestra vida, y á las cuales llega á adherirse el alma hasta por necesidad y por costumbre.

Ya adivinais, Señores, que no he escrito ni un estudio biográfico, ni el elogio académico de nuestro último Director. La primera de estas tareas, ya desempeñada con tino, primor y elocuencia por nuestro malogrado y brillante compañero don Nicomédes Pastor Diaz, no cabe en el objeto peculiar de la solemnidad presente; la segunda, esto es, el elogio académico, sería una especie de anacronismo literario, que vuestra cordura y vuestro acrisolado gusto recha-

zan de consuno. Pasó el tiempo de los panegíricos inflexibles y deliberados, que ni realzan, ni convencen, ni conmueven; y cierto estoy de que habeis de aprobar mi propósito de ceñirme al recuerdo limpio, llano, sincero, de las nobles prendas del DUQUE DE RIVAS; á la conmemoracion de su gloria, y singularmente, porque así cumple al carácter de este ilustre Cuerpo, al exámen del espíritu y cualidades que preponderan en sus obras poéticas, y que le han granjeado un lugar tan alto y tan especial en la historia de las letras españolas de la edad presente.

Esta, al parecer, tan llana y no poco sabrosa tarea, es una de las mas difíciles y aventuradas que pueden ofrecerse á la crítica. Juzgar el verdadero valor literario; las tendencias y vicisitudes del gusto; el orígen, la intensidad, el arranque y la espontaneidad del estro de un poeta contemporáneo, ¿puede haber nada, al parecer, más sencillo y más hacedero? Con él hemos vivido y pensado, con él hemos estudiado y discutido; hemos asistido, por decirlo así, á la formacion, desarrollo y manifestacion artística de sus ideas, y seguido paso á paso los vuelos de su creadora mente en sus concepciones y hasta en los antojos de su fantasía; ¿quién, pues, con luz más clara y más segura ha de aquilatar su inspiracion, y descubrir y analizar

los impulsos psicológicos é ideológicos del poeta, sin cuyo cabal conocimiento no es dable medir exactamente el alcance de su índole y de su fuerza?..... ¿Quién? La posteridad.

Tropezando en la exploracion de las circunstancias personales, embarazada con la balumba de las dudas y las hipótesis de hechos que el tiempo ha oscurecido, y encerrada en el campo inseguro de las conjeturas, todavía es la posteridad juez más abonado y ménos falible que aquellos que ven las cosas con sus propios ojos y tocan los hechos con las manos. Nosotros, los contemporáneos, por recto que sea nuestro juicio y claro nuestro sentido y sana nuestra intencion, no podemos levantarnos á la esfera elevada y serena donde está la imparcialidad. Somos, sin advertirlo, jueces en causa propia cuando examinamos las obras de un hombre que ha respirado entre nosotros la atmósfera de nuestras ideas, de nuestras preocupaciones, de nuestros gustos y de nuestros extravíos. ¿Qué importa la imparcialidad del carácter y del criterio íntegro y sesudo, si nos falta la imparcialidad del gusto literario, á despecho de nuestra voluntad? Cada época tiene sus doctrinas, sus engreimientos y sus caprichos literarios, y no se os oculta que la nuestra está léjos de ese gusto acen-

drado, unánime y seguro, que sólo alcanzan las naciones en aquellos raros y felices momentos en que la Providencia les concede vida propia y preponderancia autonómica.

No os asombre, pues, Señores, que juzgue, no sólo escabrosa, sino temeraria, la empresa, que acometo gustoso, de juzgar el carácter y mérito literario del que daba, poco há, á nuestra vista, claros testimonios de un noble corazon, de un patriotismo acrisolado, de una fantasía risueña y elevada.

Pero al cabo esta misma tarea, que á la vez me arredra y me cautiva, es un deber sagrado que nos impone la memoria del honrado patricio, del prócer ilustrado, del poeta de alta ley, y, lo que para nosotros es más todavía, del noble y cariñoso amigo. Basta á movernos este deber, á mí á arrostrar las dificultades inherentes al asunto mismo, á vosotros á disculpar mi arrogancia y mi insuficiencia.

Fiel á mi sincero propósito de evitar que me tacheis de panegirista ciego y desalumbrado, y en muestra del amor que abrigo á esa imparcialidad rígida y austera sin la cual no puede haber crítica, y mucho ménos crítica contemporánea, empezaré por deciros que el Duque de Rivas, tan profusamente dotado por la mano divina, y partícipe, en mayor

ó menor grado, de cuanto grande, atrevido ó brillante ha hecho España en la primera mitad del siglo XIX, no desplegó en todas las esferas en que ha resplandecido su nombre, títulos de igual fuerza y alcance á las palmas de la inmortalidad. Como militar, como hombre político, como orador parlamentario, como historiador, como artista, recogió copiosos laureles, algunos de ellos de valor muy subido. Tres facultades poderosas alentaban su ánimo y movian su múltiple y flexible talento : la imaginacion, la probidad y el amor patrio. Estas tres facultades eminentes, en que nadie le aventajaba, constituian todo su sér moral, alto y respetable por cierto, puro y fecundo manantial de lo grande y de lo bello. Pero tal vez no poseia en igual grado, porque hay fuerzas morales que casi nunca logran hermanarse, el espíritu analítico y filosófico, que antepone la exactitud á la belleza, y busca á todo trance la verdad absoluta en los abismos de la duda.

El DUQUE DE RIVAS, hombre de alma impresionable y viva ante todo, dejaba preponderar en su mente la índole del poeta, y avasallado por la virtud imperiosa de esta índole, habia de preferir forzosamente, á lo que demuestra y convence, lo que conmueve y embelesa. Por eso, en la vida política no

sabía ser el estadista paciente y frio que escudriña, mide, transige, disimula y espera. Los principios cobraban en su alma el carácter de sentimientos, y no pocas veces el de sensaciones. Dentro de la rectitud moral, que no le abandonaba nunca, se dejaba llevar algun tanto por los ímpetus de la imaginacion, que, si suele ser guía insegura, tambien sirve de impulso y fuerza que engrandece y levanta las ideas.

¿Qué podia importar á quien hallaba en los bienes del corazon y del entendimiento tan lisonjeras compensaciones, que otros le aventajasen en eso que llamamos *sentido práctico*, esto es, en esa disposicion natural del ánimo á entrar sosegada, severa y afanosamente en el exámen maduro y cabal de los medios de ejecucion y de las contingencias de las empresas humanas? Es indudable; no estaba en su índole arrostrar y sobrellevar impasible esa angustia secreta con que tropieza el hombre de sana intencion, al buscar, en medio de la zozobra y de la duda, la verdad y el acierto; cosas que se presentan casi siempre al entendimiento con el amargo carácter de lucha y de problema..... Si descubria la verdad y la solucion práctica de las cosas, habia de ser con ímpetu y como por intuicion repentina. Achaque es éste de imaginaciones movedizas y ardientes; pero achaque

feliz, de donde nacen muchas veces los arranques del entusiasmo y la elevacion de las miras y de las acciones. El curso técnico, ordenado y prolijo de los negocios públicos ó privados le era por demas enfadoso; ¿qué digo enfadoso? era casi incompatible con la naturaleza risueña y libre de su ingenio. Las elucubraciones filosóficas, que son deleite y solaz para algunos, eran para él tarea poco simpática. Los sistemas inseguros de la ideología y los arcanos de la metafísica le asustaban; y alguna vez, en conversaciones familiares, asestaba contra ellos, como Voltaire, los dardos de la sátira. En balde se le hacia notar que si es desdicha de los filósofos,

Voir mille vérités où Dieu n'en a mis qu'une.

como ha dicho uno de los grandes poetas modernos, esas mismas verdades hipotéticas y pasajeras mantienen viva la noble aspiracion del alma á levantar el velo con que Dios encubre las maravillas del mundo físico y del mundo moral, y á columbrar, siquiera alguna vez, un rayo purísimo de la llama divina donde brilla la verdad eterna. Era inexorable en este punto. Juzgaba ocioso perderse temerariamente en esa exploracion misteriosa. Le causaba enojo cuanto embarazaba con dudas su claro entendimiento, cuan-

to le hacia descender al pormenor prosáico ó enmarañado de las cosas, cuanto encadenaba las alas de su fantasía. No habia nacido para desmenuzar y analizar las causas recónditas de la naturaleza, sino para sentir y admirar sus efectos y su prodigioso conjunto.

Podrán decir tal vez que, careciendo de esa facultad, carecia de una fuerza que puede ser muy provechosa en el curso de la vida humana. Sea en buen hora; no me esforzaré en contradecirlo. No hay sér completo en la tierra, y no concede Dios al hombre todos sus tesoros con perfecto nivel y cabal armonía. Si el Duque de Rivas hubiese poseido el espíritu de observacion incansable de un naturalista, la fuerza de abstraccion metafísica de un filósofo, la inflexible rigidez demostrativa de un matemático, la perseverancia de un comentador, la frialdad de un estadista que subordina sus emociones á sus cálculos ambiciosos, habria podido granjearse por otras sendas merecida fama, pero no habria sido un gran poeta. Gloria por gloria, pudo darse por contento de la mision terrestre que le habia deparado la Providencia.

Cuando esto digo, poniendo la corona de los poetas en la cumbre de la gloria humana, sé que hablo ante un concurso ilustradísimo, que no adolece del

achaque vulgar de confundir á esos séres privilegiados, ecos de las voces del cielo ó intérpretes de las grandezas de la tierra, con la turba de versificadores y copleros que, movidos por la moda, por el ingenio ó por la audacia, escriben poesías que no suelen pasar de amenas y estimables, cuando no son triviales ó perversas, y cuya fama estriba en efímeros fundamentos.

La poesía grande y espontánea, emanacion lírica ó épica del espíritu de generaciones enteras, es algo más que el sabroso pasatiempo de las naciones cultas, y á veces mucho más todavía que una manifestacion estética de las razas privilegiadas. Tiene una importancia histórica, religiosa y política, que nadie puede desconocer. Más simpática y más vividora que la prosa, órgano y estímulo del entusiasmo popular, y auxilio poderoso de la tradicion, la poesía ha tenido el privilegio de trasmitirnos, al través de tenebrosos tiempos y de revoluciones fundamentales, el conocimiento de singulares y remotas civilizaciones. ¡Cuán imperfecta idea tendríamos del carácter profético y sentencioso del gobierno teocrático de la Judea sin los libros poéticos de la Biblia! Sin la *Iliada*, el poema de los poemas, ¿qué habria sabido la Grecia culta, qué sabríamos ahora nosotros de la Grecia

heróica? ¿Dónde, sino en la *Teogonía* de Hesiodo, poema imperfecto, pero venerable, se habrian conservado tan preciosas noticias sobre el carácter y fundamentos del politeismo griego? Por la tradicion oral, conducto por demas inseguro y contingente, habrian llegado tal vez á las edades modernas algunos reflejos, sin color y sin vida, del espíritu de los tiempos primitivos y verdaderamente épicos de la Grecia; mas no poseeríamos de seguro el espléndido y vigoroso cuadro, que debemos exclusivamente á la *Iliada*, de las costumbres, de los ritos, de las pasiones y del ímpetu orgulloso y avasallador de la raza helénica.

¿Qué noticia habria quedado del politeismo escandinavo, amalgama singular de fantasía y de realidad, si los *scaldos* no hubiesen legado á la posteridad, en el *Edda* y en las poéticas *sagas*, un monumento de las tradiciones heróicas y de la religion peregrina de un pueblo á la par extremado en la espiritualidad simbólica y en la materialidad terrestre?

Al hablar de estos trovadores de la Escandinavia, me asalta involuntariamente el recuerdo del gran poeta dinamarqués Adan Oehlenschläger, el amigo de Goethe, de Guillermo Schlegel, de Benjamin Constant y de Madame de Staël, que, ya cercano al

término de su gloriosa carrera, me honró en Copenhague con su amistad. Nadie ha explotado con tanta habilidad y tanto aplauso como él la fecunda mina de poesía nacional que encierran aquellos preciosos vestigios. Oehlenschläger ha sido en las letras el gran evocador de los héroes y los dioses septentrionales. En algunos de sus dramas, y singularmente en su magnífico poema *Los Dioses del Norte (Nordens Guder)*, tan admirado en todas las naciones germánicas, que en él encuentran algo de la majestad homérica, han cobrado nueva vida poética y mayor significacion histórica el carácter osado, la vida aventurera y la pintoresca mitología de los antiguos pueblos escandinavos[1].

Y si de las regiones del Norte trasladamos el pensamiento al prodigioso Oriente, cuna misteriosa de toda civilizacion, ¡qué maravillosas é inesperadas revelaciones nos hace la poesía! La civilizacion, que

[1] Oehlenschläger publicó simultáneamente este poema, como la mayor parte de sus obras, en dinamarqués y en aleman. Habia comprendido con sagacidad tan profunda los mitos del *Edda* y el espíritu heróico de las *sagas* islandesas, que los investigadores de las antiguas creencias y costumbres de los escandinavos consultan las obras del poeta moderno al igual con los monumentos antiguos.

El profesor Heiberg publicó un libro titulado *Mitología del Norte, segun el Edda y las poesías de Oehlenschläger.*

á pasos agigantados entraba en la Europa del renacimiento, despertó aficion al estudio de los idiomas griego y latino; las controversias religiosas, suscitadas por el protestantismo, lo despertaron igualmente al de la lengua hebráica. Pero el sanscrito, idioma de los libros sagrados y de los poemas del Indostan, era desconocido del Occidente, hasta que, á fines del siglo último (1784), el sabio polígloto inglés Williams Jones[1] fundó la *Sociedad Asiática de Calcuta*, promoviendo ardorosamente investigaciones fecundas sobre el Asia primitiva. A pesar de los afanosos esfuerzos de algunos sabios orientalistas, todavía no está suficientemente explorado el campo inmenso de aquellos augustos monumentos poéticos; pero lo que ya conocemos por las esmeradas traducciones hechas en los últimos tiempos, ofrece á la imaginacion un mundo moral tan vasto como sorprendente. Los himnos de los *Vedas*, biblia del Indostan, los *Puranas*, ó leyendas sagradas[2], y las grandes epopeyas

[1] Su erudicion en idiomas antiguos era asombrosa. Tradujo várias obras del árabe, del persa y del sanscrito. De éste, entre otras cosas, el famoso drama *Sacontala,* del poeta Kalidasa.

[2] Los *Puranas* forman en conjunto unos ochocientos mil versos: son todavía muy poco conocidos. Varios críticos y filólogos de Alemania, de Francia y de Inglaterra estudian hoy con ahinco estos monumentos de historia y de poesía.

índicas no contienen sólo esos arranques de amor, de entusiasmo, de temor, de heroismo, de poesía, que brotan del alma de los pueblos-poetas que se cantan á sí propios en los tiempos de grandeza épica ó de lirismo religioso; encierra ademas un fondo de sentimientos morales, una pintura de grandes y puros caractéres, que llenan á un tiempo el ánimo de sorpresa y de admiracion. El motivo principal de esta impresion inesperada que en mí ha producido, y producirá sin duda en cuantos lean alguna parte de estos poemas singulares, consiste en que, al través de las explicaciones cosmogónicas, de las empresas heróicas, de las descripciones fantásticas ó emblemáticas, se descubre una civilizacion moral, pura y espiritual, cual no lo fueron nunca las civilizaciones de Grecia y de Roma, aquella *artística* por excelencia, ésta eminentemente *política*.

En los episodios, que traducciones felices han dado á conocer, del «Mahâbhâratta», colosal poema de doscientos mil versos[1], en la magnífica y ya cono-

[1] Aunque se menciona el nombre del autor de este poema, *Vyâsa*, todo indica que el *Mahâbhâratta* es obra nacional, creada por los siglos, aglomeracion más ó ménos deliberada de tradiciones heróicas y sagradas. Confirma, por otra parte, esta opinion el carácter simbólico del nombre *Vyâsa*. Significa *colector*, como *Homero* significa *cantor*.

cida epopeya el «Râmâyana»[1], en los «Vedas» y en otros monumentos venerables de aquellas nebulosas edades, hay virtudes y tendencias humanas tan delicadas, tan íntimas, y, por decirlo así, tan *evangélicas*, que traen pasmo al entendimiento y contento al corazon. *Sita*, *Savitri*, *Damayanti*, ángeles consoladores, modelos sublimes de ternura, de fidelidad, de abnegacion y de sufrimiento, son retratos de mujer de belleza moral incomparable. La literatura griega, cuyas mujeres son, por lo comun, ejemplos de perversidad ó causas de desventura pública, nada tiene que se acerque á ellos, ni tampoco la literatura cristiana nada que pueda aventajarles.

Rama, el héroe del «Râmâyana», es un guerrero fascinador por sus prodigiosas hazañas, de ésos que la historia estudia y la tradicion diviniza. Pero en nada se parece á los guerreros de la epopeya griega, que obran siempre avasallados por sus pasiones. Su prudencia no es la astucia cautelosa de Ulíses, ni su valor el ciego arrebato de Ayax ó la ira implacable de Aquíles. *Rama*, que, segun el poema, *si se enojase*, *haria temblar al cielo*, sabe reprimir siempre los ímpetus de la soberbia; Quijote sin locura, recorre

[1] Valmiky, personaje casi mítico, como *Homero*, pasa por autor del *Râmâyana*.

el mundo para reparar injusticias y remediar calamidades; se resigna humilde al destierro, para evitar sinsabores á su padre, el rey Dasarâtha. Magnánimo, sabio, leal, justo y paciente, *Rama* es, en una palabra, la personificacion del deber. Sólo en la literatura romántica cristiana se encuentran caractéres semejantes al de *Rama*, en los cuales andan mezcladas, en aventuras de leyenda, virtudes cristianas con impulsos caballerescos.

Si á esto se agrega que en el *Vedanta*, el libro filosófico de los *Vedas*, y en innumerables poesías de la India, se proclama el culto de un solo Dios, sér abstracto y metafísico, cual convenia al espíritu contemplador del Asia; que los poetas índicos, al hablar del alma humana como emanacion del Sér supremo, se gozan en remontarse á una idealidad mística, á que nunca llegaron Sócrates ni Platon; que en varios poemas, especialmente en algunos pasajes del «Mahâbhâratta», se presentan claras las nociones de la inmortalidad del alma, de su vuelta al seno de Dios, del sacrificio de la vida terrestre, de la humildad, de la caridad, del perdon divino, de la contemplacion extática; esto es, de virtudes y sentimientos que tienen cierta afinidad visible con la espiritualidad cristiana; ¿cómo no ha de quedar el ánimo atónito y suspenso

al descubrir tales analogías de civilizacion moral á una distancia de más de tres mil años, en los cuales han pasado, con su olimpo sensual y apasionado y con su material grandeza, las civilizaciones peregrinas de Aténas y de Roma?

Ved, Señores, cuán alta y trascendental importancia pueden tener las obras poéticas cuando se intenta analizar y poner en claro histórica y filosóficamente la filiacion y el enlace escondido de las ideas que preponderan en las sociedades humanas.

Y no sólo los historiadores y los filósofos reconocen el valor de la poesía; los hombres de Estado saben muy bien que lleva consigo á veces una fuerza política incontrastable, saludable ó perturbadora, ya robusteciendo el temple de los pueblos con el recuerdo de las glorias pasadas, ya exaltando las pasiones públicas, ya influyendo perversa ó provechosamente en las costumbres con la procacidad ó el halago, ó con los anatemas de la sátira.

Si pudiese en esto caber duda, bastaria, para convencerse de la influencia de la poesía, recordar el noble ardimiento que producian Tirteo en el pueblo espartano y Quintana en el pueblo español, prodigando anatemas contra la opresion extranjera, y palmas para los sentimientos libres ó heróicos de la

patria. ¿No veis en Francia á Béranger, el coplero sublime, alimentar en el corazon de sus compatriotas la llama de la libertad política con canciones que, aunque parecen devaneos de una musa juguetona y liviana, son en realidad ecos imperiosos de las pasiones populares? ¿Concebís influencia más eficaz, y en ciertos casos más peligrosa, que la de ideas que se infunden sin autoridad doctrinal, sin pretension dogmática, con los seductores atavíos de un recreo y con los encantos de la armonía? Sólo Dios puede medir con exactitud el alcance moral de ese dulce veneno, escondido entre flores, que se propaga sin límites por medio de humildes canciones que gozan del raro privilegio de ser escuchadas con igual deleite en el taller del artesano, en el salon del magnate ó en la guardilla de la costurera.

La Italia moderna ¿no está dando igualmente, desde fines del siglo último, un ejemplo insigne de la accion política de la poesía? Allí la sociedad no se satisface, há largo tiempo, con la musa apacible, pero frívola, de los idilios á Fílis, y de las cantilenas á Nice. Pocos poetas italianos de alta nombradía, como Cesarotti y Monti, rindieron culto sin escrúpulo ni medida al Austria ó á la Francia, á cuanto triunfaba ó resplandecia. Los más alzaron vigorosa-

mente el estandarte de la independencia y de la libertad, formando una cruzada fogosa, tenaz, implacable, que durante más de medio siglo se ha ocupado sin tregua en levantar y enardecer los instintos políticos de las últimas generaciones. ¡Cuántas almas abrasadas por el fuego del genio y por el amor de la patria! Entre todos aquellos poetas hay diferencias esenciales de carácter, de estilo, de temperamento y de principios; pero los hermana á todos el entusiasmo nacional. *Alfieri*, indignado con la postracion política de Italia, á par que con la anarquía sanguinaria de la revolucion francesa, demócrata y austero en sus airados fantasmas políticos, aristócrata y laxo en sus aficiones y en sus costumbres, se aferra con amargo deleite en la evocacion poética de los recuerdos clásicos de la libertad antigua, sin advertir siquiera las profundas y esenciales diferencias que de la libertad moderna la separan; *Parini*, satírico tan agudo como cuerdo y delicado, calma en breve sus impulsos de vehemencia política con el estudio práctico del mundo y de los hombres; *Ugo Fóscolo*, armado de un temple de alma recio é inflexible, ardoroso declamador sin sospecharlo, como Alfieri, incapaz de transigir con lo que juzgaba ridiculez ó flaqueza, se malquista con

sus maestros y amigos de Italia [1], y alivia con sarcasmos el peso con que abruma su alma altiva el generoso amparo que le dispensa la nacion británica. No es ingrata su alma, ni aviesa su intencion; pero su época turbulenta, su índole impetuosa, y su educacion literaria, en que se amalgaman el vigor de Esquilo, el énfasis de Lucano, la filosofía lúgubre de Goethe y la misantropía de Rousseau, apartan del natural asiento sus espléndidas facultades, llevando hasta la desesperacion el acerbo pesar que le causa el espectáculo de la patria decadente y avasallada, y dejando á pedazos, por decirlo así, en la azarosa carrera de su vida, gran parte de su genio y casi toda su ventura; *Berchet*, pintor popular de las desgracias públicas de su país; *Giusti*, que por el entusiasmo efímero de las circunstancias, ha sido, como Berchet, apellidado, sin gran razon, el Béranger de Italia; *Leopardi*, *Rossetti*, *Mamiani*, *Poerio*, *Aleardi*,

[1] Uno de éstos era Monti. Para vengarse de la persecucion literaria de Ugo Fóscolo, escribió contra él este ingenioso y durísimo epigrama, con ocasion de la tragedia del mismo Fóscolo, *Ayax*, representada en Milan, el año de 1812, en la cual son personajes principales Ayax, Agamenon y Ulíses:

Per porre in scena il furibonde Ajace,
Il fiero Atride e l'Itaco fallace,
Gran fatica Ugo Foscolo non fè:
Copiò se stesso, e si divise in trè.

Grossi, y otros muchos, han combatido por la patria, como combaten los poetas, *con la espada del canto*, segun la bella expresion de Aleardi.

En Italia, donde la literatura ha sido arrastrada imperiosamente por el espíritu público hácia los sentimientos nacionales, esta espada ha pesado poderosamente en las contiendas morales de nuestro siglo. No intento tasar aquí su accion benéfica ó perniciosa. El mal y el bien, la realidad y la ilusion, andan siempre unidos en los fogosos instintos, en las pasiones públicas, en las generosas esperanzas que brotan con ímpetu en las épocas de transicion. Cumple ahora exclusivamente á mi propósito señalar el poder trascendental de aquella poesía que, caminando con la sociedad misma, llega á ser una forma de la vida intelectual de los pueblos, ó un eco vigoroso de la patria y de la humanidad. Sólo podrian dudar de este poder aquellos desventurados á quienes la mano divina hubiese negado completamente la facultad de la emocion y el sentimiento de lo bello, ó aquellos tambien que ni saben ni quieren ver el fondo de las cosas. La poesía de esta especie es una manifestacion fiel, espontánea, y á veces magnífica, de las fuerzas morales de las naciones; es un medio de trasmision glorioso y perdurable de las tradiciones

populares. Esto nadie se atreve á negarlo, y esto basta para que sea mirada con entusiasmo, con respeto ó con recelo, por artistas é historiadores, por estadistas y filósofos.

Perdonadme, Señores Académicos, que me haya detenido algun tanto á encarecer las excelencias de la poesía en este asilo de las letras. No me dirijo á vosotros, que acogeis gozosos en vuestro seno á aquellos que se presentan con la frente orlada del laurel de las Musas; tampoco me dirijo al numeroso é ilustrado concurso que hoy nos honra, y cuya presencia es una consagracion de la gloria poética del DUQUE DE RIVAS. Pero no puedo olvidar que vivimos en una época esencialmente crítica y positiva, en que brota escasa y laboriosamente el entusiasmo, en que los deleites de la imaginacion se posponen á otros placeres de ménos espiritual naturaleza; y en que es necesario demostrar lo que ántes bastaba sentir.

Paso á caracterizar, en cuanto me sea dable, la índole nativa y peculiar del estro poético del DUQUE DE RIVAS. Desde luégo puede afirmarse, con sólo recordar sus obras, que su inspiracion nada tiene de personal; que su musa no es la musa sombría, descontentadiza ó soberbia, que, encerrada en sí misma,

lanza sobre la sociedad los anatemas de sus iras ó los lamentos de sus dolencias morales; sino la musa franca y desinteresada, que se olvida de sí propia para cantar, en la lengua divina del entusiasmo y del amor, los tesoros de fé, de lealtad, de patriotismo, de moral grandeza con que plugo á la Providencia dotar y ennoblecer á las razas escogidas, en tiempos de vitalidad y de gloria.

No falta quien, suponiendo que, arrogantes y engreidos, prescinden de la humanidad entera, ó se erigen representantes sublimes y privilegiados de ella, tache amargamente la tendencia de ciertos poetas á presentar siempre en primer término su propia persona. No siempre es justa esta censura. No puede aplicarse con fundamento á los poetas el *yo aborrecible* de Pascal, ni siempre es engreimiento el carácter personal de la poesía. Cuando ésta es puramente moral y *subjetiva*, y el poeta se ve arrastrado, por su índole peculiar, á pintar las emociones internas, ¿cómo no ha de retratar su propia alma, que es impulso, crisol y molde de sus sentimientos y de sus sensaciones? ¿Y debe y puede en realidad obrar de otra manera? ¿De qué serviria que escondiera su nombre, atribuyendo sus propios afectos y pensamientos á personajes imaginarios? Esto hace Lord Byron, pero

en balde; el lector reconoce siempre la fisonomía del poeta, ya se esconda bajo la máscara de *Giaour* ó de *Lara*, ya bajo la de *Caín* ó de *Sardanápalo*. Por mucho, sin embargo, que el escritor *personalice* su númen; por mucho que reduzca á su sér individual la esfera de sus afectos y de sus ideas, siempre se encuentra en sus versos el fondo humano, y, amigo ó enemigo de su época, ésta se refleja siempre en sus obras. Los personajes imaginarios, si han de interesar y vivir en la memoria de las gentes, forzosamente han de representar alguna personalidad real, ó la individual del poeta, ó la colectiva del pueblo á que éste pertenece. El *yo* de los poetas no es siempre odioso ni antipático; y es indudable que hay cierto deleite en descubrir al hombre detras del escritor.

Estudiad sin prevencion las obras de los poetas eminentes que, como Byron, Shelley, Leopardi y Lucrecio, hablan, obran y sienten en completo desacuerdo con la sociedad en que viven; juntad en vuestro juicio al hombre y al poeta, y pronto veréis asomar algun extravío ó alguna flaqueza personal entre los sarcasmos del humorista, los vuelos metafísicos del filósofo, los anatemas del moralista descontentadizo, y las temeridades del ateo. Shelley no

encuentra á Dios en el universo, porque no le encuentra en su corazon; Byron odia y escarnece á su patria, porque en la regularidad admirable de aquella sociedad ordenada no caben los ímpetus de su índole indisciplinada é imperiosa; Leopardi, el poeta de la desesperacion y de la muerte, llega á no ver en el mundo sino *fango* y miseria, y se columbra luégo que allá en los sombríos ámbitos de su mente entran juntos el órden divino y el órden humano, en estas tremendas palabras de ateo, dirigidas á su corazon, las más amargas acaso que ha trazado la mano de poeta alguno:

Posa per sempre. Assai
Palpitasti. Non val cosa nessuna
I moti tuoi, nè di sospiri è degna
La terra. Amaro e noia
La vita, altro mai nulla; e fango è il mondo.
Tacqueta omai. Dispera
L'ultima volta. Al gener nostro il fato
Non donò che il morire. Omai disprezza
Te, la natura, il brutto
Poter che, ascoso, a comun danno impera,
E l'infinita vanità del tutto.

¡Cuánto rebosa en estos versos el ánsia de morir que, ya cercano al término de su vida, acosaba de contínuo al desventurado Leopardi! Estas imprecaciones impías no son más que el eco de sus

angustias personales, el triste vacío que dejó en su alma el abandono de la religion de sus padres, los lamentos de un sér enfermo y ulcerado, que no encontró en la tierra ni poder, ni riqueza, ni amor, ni siquiera salud.

Shelley y Lucrecio son en la forma ménos violentos, pero en el fondo más rebeldes que Byron y Leopardi, á la civilizacion moral de su época. No esconden bajo el velo de la ironía ó de la desesperacion la sensibilidad ardiente que suscita en el alma de estos últimos tantas contradicciones y tantos tumultos de conciencia. En Shelley y en Lucrecio la rebelion es esencialmente filosófica y dogmática; en sus versos se sienten más el orgullo de la razon y la independencia de la fantasía que los movimientos del corazon. Hay hombres que parecen fatalmente predestinados á la duda y á la contradiccion. Shelley, estóicamente indiferente, desde la edad temprana, á las creencias religiosas y á la organizacion social y política de todos los pueblos, da á la estampa, á la edad de diez y seis años, ¡quién podria creerlo! una obra titulada *Necesidad del ateismo*, por la cual la universidad de Oxford le lanza de su seno. Ménos poeta, pero pensador más audaz que su amigo Byron, influye poderosamente en la inspiracion de éste; es-

candaliza á la Inglaterra con el poema *La Reina Mab*, en que se engolfa, con brillantes y poéticas abstracciones, en los problemas tenebrosos del destino de la humanidad. Con un alma rebelde y solitaria, criado para pensar y no para sentir, sin ódio y sin amor, indiferente á la vida y á la muerte, Shelley pasa su juventud proscrito voluntariamente de su patria, como Byron, y en guerra abierta con ella, y muere desastrosamente, á treinta años, en las costas de Spezzia. Sus obras causan admiracion, pero no despiertan simpatía como las de Lord Byron, porque no se perdona tan fácilmente la soberbia del entendimiento como la soberbia del corazon.

La antigüedad nos ofrece en Lucrecio otro ejemplo singular y mucho más insigne de esos rarísimos poetas que encuentran el manantial de su inspiracion en lo que debiera ahuyentarla: la impiedad y el desvío de la patria. Entre Lucrecio y Shelley, á pesar de los veinte siglos que los apartan, hay ciertas afinidades morales evidentes: la desdeñosa indiferencia para los asuntos públicos de su nacion; el dogmatismo filosófico, revestido de las galas de la imaginacion; el espíritu rebelde y temerario; el fanatismo de la impiedad y de la negacion; el panteismo poético; la fuerza estóica, que hace á Shelley insensible á las

emociones humanas[1], y arrastra á Lucrecio al suicidio á los cuarenta y cuatro años. Pero entre estos dos hombres sin fé, sin Dios y sin patria, hay una diferencia esencial: el poeta inglés se remonta á la esfera de las abstracciones metafísicas con toda la impasible serenidad á que puede alcanzar la presuncion intelectual; el poeta romano, en medio de su helado ateismo, siente hervir en su mente una pasion verdadera: la pasion de la naturaleza. De ella, más bien que de la filosofía de Epicuro, de la cual es vehemente sectario, nace su infeliz afan de sustituir al error del politeismo pagano otro error todavía más funesto: el del panteismo, incompatible con toda religion, porque mata las fuerzas más puras y celestiales del alma humana: la espiritualidad y la conciencia. De ese amor mal entendido á la naturaleza emanan asimismo su admirable elocuencia razonadora y descriptiva, y aquella cínica arrogancia con que, creyendo que su horrible doctrina ha levantado el velo á los arcanos de la vida humana, exclama en el delirio de

[1] Shelley y Lord Byron estuvieron á pique de ahogarse, durante una tormenta, en el lago de Ginebra. Shelley veia llegar la muerte con impasibilidad estóica y acaso con cierta íntima fruicion. Costó trabajo decidirle á que se dejára salvar. — *Thomas Moore's Life of Lord Byron;* 1820.— *Recollections of the last days of Shelley and Byron,* by E. J. Trelawny: 1858.

su obcecacion: «Cayó hollada la religion, y el triun»fo nos iguala á los dioses [1].»

Por seguir ciega y arrebatadamente el rumbo excepcional de su índole aviesa ó desmandada, no son ménos grandes estos poetas de la duda y la desesperacion. Su propio desvío de la senda comun suele ser en ellos funesta señal de su fuerza y de su grandeza. El áspero camino que la Providencia ha trazado á la humanidad viene estrecho á su orgullo y á su ambicion. Buscan lo absoluto en la tierra, y la verdad eterna en el entendimiento humano; y esta aspiracion temeraria, que aquí jamas se verá satisfecha, trastorna su ánimo y envenena su vida. La resignacion y la caridad, que son á la vez fuerza y consuelo, no disponen su alma á sobrellevar ni á disculpar las imperfecciones humanas, de que ellos mismos no están exentos.

¡Desgraciados! no ven más que una *cadena* en la disciplina moral de la sociedad, ni más que el *vacío* en los misterios inefables de la esencia divina y del destino de la humanidad. Su corazon se exaspera y se despedaza, y la sociedad, que los admira, ni

[1] ..... *Religio, pedibus subjecta vicissim*
Obteritur, nos exæquat victoria cælo.

(Lucrecio, *De Rerum Natura*, liber I.)



los sigue ni los consuela, y rara vez los compadece.

¡Qué diferencia! Los pueblos, que son tambien grandes poetas, no emplean en sus concepciones ideales ni esa personalidad interesada y estrecha, ni esa rigidez enconada. Su impulso es más humano, sus preocupaciones poéticas más risueñas, sus pasiones más grandes y más generosas.

¡Dichoso el poeta que antepone á la personalidad limitada y antojadiza de un individuo, la personalidad, grande, colectiva y elevada, de una nacion entera, y se hace órgano fiel, eco involuntario y apasionado de sus impulsos morales, de los nobles recuerdos de su historia y hasta de sus ilusiones tradicionales! Dios deparó al DUQUE DE RIVAS esta ventura literaria. Dotado de un ingenio esencialmente estético, pero más externo y *objetivo* que interno y metafísico, olvida su propia personalidad para infundir en ella la personalidad nacional. Su *yo* no es su alma; es el alma de la nacion, que en sus sueños de gloria histórica se ha identificado con la suya. ¡Dichoso mil veces quien sabe y puede tener el ánimo en paz y en armonía con su tiempo y con su país!

Las poesías *Al faro de Malta*, *A la catedral de Sevilla*, *Á la Vejez*, *La Meditacion*, dedicada al poeta

napolitano *Giuseppe Campagna*, y otras muchas, llenas de noble y gallarda inspiracion, prueban que el estro lírico del DUQUE DE RIVAS no es débil ni escaso; y sin embargo, no alcanza por el arranque y la constante elevacion á aquella esfera de fuego y de grandeza donde campean los Píndaros y los Quintanas. La admiracion de la naturaleza, esa conmocion interna que para ciertas almas es á la vez fuerza creadora y deleite purísimo, que hace que el espíritu descubra y sienta la mano divina en el aroma de una flor, en el rumor del mar ó en el reflejo de una estrella, tampoco era para el DUQUE DE RIVAS manantial de inspiracion sincera. ¿Por qué ocultarlo? La naturaleza, fuente inagotable de belleza, y por consiguiente, de poesía, no le causaba, en sus manifestaciones externas, el embeleso que hizo poetas á Rioja y á Fray Luis de Leon. ¡Cuántas veces le oí hablar con incredulidad y con mofa de la *felicidad de la vida del campo!* Él veia exclusivamente tosquedad en la llaneza, afectacion vanidosa en el amor á la soledad, y aburrimiento en el sosiego de las selvas y de las praderas.

Esta observacion me trae á la memoria un soneto de otro poeta, el ingenioso escritor dramático Bances Candamo, que tampoco veia en la vida del campo



sino sus pormenores rudos y prosáicos. No lleveis á mal que os recuerde el soneto, por lo curiosa que es esta franca negacion de los encantos de la vida pastoril, hecha en un tiempo en que áun estaban en auge las églogas y los idilios:

VIDA PASTORIL.

Gana me dió, leyendo las extrañas
Cosas que los poetas noveleros
Cuentan de los pastores y cabreros,
De habitar en sus rústicas cabañas;
Pero llegando ayer á estas montañas,
Ajos les ví comer, y no pucheros,
Y apénas contra vientos y aguaceros
Eran su abrigo techos de espadañas.
Vílos con una eterna vigilancia,
No les oí cancion, en mi conciencia,
Á quien la flauta hiciese consonancia.
«¿Esto, dije, es vivir con conveniencia?»
¡Ay, amigo Fileno! gran distancia
Hay desde la ilusion á la experiencia.

No hay por qué asombrarse de esta que parece aberracion extraña en almas poéticas. Son innumerables los rumbos que pueden seguir el ingenio y el corazon en el mundo de los sentimientos y de las sensaciones. El Duque de Rivas, que con tanta seguridad y deleite encontraba la cadencia armónica de la poesía, sentia con la música, en vez de placer, cierta impresion molesta, que le hacia prorumpir en

festivas y agudísimas paradojas. Inexorable en su antipatía, sustentaba donairosa y obstinadamente que los arrobamientos de la música no son más que un recreo convencional, y que los melodiosos ó magníficos cantos de Mozart, de Haydn, de Rossini, de Bellini y de otros dioses de la armonía, ni alcanzan á expresar claramente los ecos y las impresiones de la naturaleza externa, y ménos todavía las emociones del corazon. Repito que no hay razon para maravillarse de estas contradicciones aparentes de las facultades humanas, infinitas en su esencia y en sus matices. Son misterios fisiológicos y psicológicos, con cuya llave no ha dado el hombre todavía.

¿Quereis que os diga ahora cuál es á mis ojos su instinto poético verdadero? Ya lo adivinais: el DUQUE DE RIVAS, autor de leyendas en que refiere lances peregrinos que frisan con la patraña, y de romances sencillos en que caben todos los tonos, todas las condiciones sociales y todos los sucesos humanos, es un poeta en que asoma la inspiracion épica en grado principal y eminente. Y no digo esto porque escribió, en acompasadas octavas y sujeto á muchos de los preceptos y atildamientos convencionales de las *Poéticas*, los poemas *El Paso honroso* y *La Florinda*, sino (me atrevo á decirlo) á pesar de haberlos escrito. No hay

en estas obras sino una parte escasa, y ésta embargada y como perdida en el aparato de formas aprendidas, de aquella soltura, de aquella abundancia, de aquella audacia descriptiva, de aquella feliz y pintoresca desigualdad de estilo que campea en los romances del DUQUE DE RIVAS. ¿Cómo, con un solo color y con una mano comprimida habia de pintar las tendencias, los afectos, las preocupaciones, las faenas, los errores, los antojos, los goces y los sinsabores de las várias clases que componen la sociedad humana, todos los elementos, en fin, que constituyen la existencia de las naciones, sin los cuales la poesía épica no es más que una traba artificiosa y fria de adornos y ficciones, donde no palpitan la vida, ni el sér moral, ni las costumbres, ni nada de lo que es grande y animado en los pueblos, de lo que real y verdaderamente merece el nombre de *épico?*

Mister John Frére, su amigo de Malta, fué para el proscripto Ángel de Saavedra un verdadero *iniciador*. Muchas veces me refirió el ilustre poeta la sorpresa que le causó oir de los labios de aquel antiguo diplomático inglés que los cantares rudos y espontáneos del pueblo, las rapsodias vulgares de la patria, los cuentos y las tradiciones que en forma inculta y desaliñada habia escuchado en Córdoba, en

las dulces horas de la infancia, contienen un fondo de poesía más sincera y más seductora que la de los más primorosos y acicalados poemas artificiales. En buen hora llevó á Saavedra á Malta la estrella de su gloria. Sus amenas é instructivas pláticas con el ilustrado anciano Mr. Frére abrieron un campo nuevo y desconocido á sus ideas, é infundieron en su ánimo el libre espíritu de creacion literaria, que habian robustecido con luminosas doctrinas y con insignes ejemplos los Schiller y los Goethe, los Lessing y los Wieland, y que empezaba ya á cundir activamente por todos los ámbitos de Europa. Dentro del nuevo camino, que trazaba á su ingenio un gusto más fecundo y más racional, no tardó en recelar de las escuelas de imitacion, y en apreciar en lo que vale la antigua literatura española, poco comprendida y malamente desdeñada por los críticos del siglo XVIII, que pensaban y juzgaban á la francesa, y se despertó al cabo su númen verdadero. Pintar y cantar las costumbres y las glorias de su patria con alto vuelo y viva fantasía, hermanando gala y lisura, dejando llevar su pluma, no de reflejos de modelos dudosos, sino de propios afectos y de sinceras emociones, identificando con los de la nacion sus sentimientos y sus recuerdos, sustituyendo naturalidad,



vigor y variedad al melindroso estilo, falsa belleza de la literatura *clásica* importada del suelo francés: tal era su instinto verdadero, instinto de alta ley que ha de llevar su nombre á las edades venideras.

¡Poder terrible de las *Poéticas* arbitrarias en las épocas de decadencia! ¡Cuánto embarazan y apocan el ingenio las doctrinas estrechas, contrarias á las verdaderas leyes estéticas! Saavedra, en el Seminario de Nobles, habia estudiado los preceptistas extranjeros. Ni siquiera habia leido á Luzan, que con su gran instinto crítico no menospreciaba las antiguas letras españolas. Encerrado en el carril estrecho en que le hizo entrar su maestro, el excelente D. Demetrio Ortiz, no habria llevado acaso su talento poético más allá del límite donde rayan *La Florinda* y sus obras dramáticas *Arias Gonzalo* y *Tanto vales cuanto tienes*. Su ingenio era de naturaleza un tanto indisciplinada y aventurera, y se ahogaba comprimido entre los preceptos de Blair, de Le Batteux, de Marmontel y de Sabatier [1], lumbreras críticas de aquel tiempo. Rotas las cadenas de escuela, tendió sin embarazo las alas de su fantasía, siguió libre y gozoso los impulsos nativos, y no se malograron las grandes dotes con que la Providencia habia enriquecido su

[1] Sanchez Barbero copia á menudo á estos dos últimos.

entendimiento. Sin *El Moro expósito*, los *Romances históricos*, las *Leyendas*, *Don Álvaro*, *El Desengaño en un sueño*, *Solaces de un prisionero*, joyas literarias, labradas todas con la fuerza del nuevo espíritu que habia bebido en los sanos consejos y en los libros de Mr. Frére, ¿qué habria sido el DUQUE DE RIVAS en el glorioso campo de las letras? Un escritor *estimable*, y, valiéndome de una frase vulgar que expresa claramente el sentido de una admiracion muy limitada, un poeta *adocenado*. ¿Qué llegó á ser siguiendo, sin cortapisas doctrinales, el rumbo natural de su vivísimo ingenio? Un poeta nacional eminente, cuyas obras vivirán sin duda tanto como el noble espíritu popular que las ha inspirado.

Al componer *El Moro expósito*, Saavedra, neófito todavía de la nueva escuela llamada *romántica*, que tantos desvaríos habia de producir por la violencia reaccionaria, fatal compañera de toda revolucion política ó literaria, estaba en verdad muy distante de imaginar que en esta novela versificada, luminosa evocacion de pasados tiempos y de rancias costumbres, escribia en parte poesía épica. No se desliga el hombre fácilmente de todos los lazos intelectuales que le imponen la educacion y las ideas sancionadas por las autoridades académicas. Saavedra habria te-

nido por un crítico estrafalario y paradojista á quien le hubiese dicho que hay tanto carácter épico en la festiva y popular pintura de la cocina del Arcipreste de Salas, en la bulliciosa gresca del banquete de los esclavos moros y de la plebe cristiana, y en el romance del bellaco y zumbon Vasco Perez, como en el incendio de Barbadillo ó en la espléndida descripcion de Zahara. Los preceptistas habian llegado á hacer de la epopeya un género tan pulcro, tan meticuloso, tan falso, que apénas cabia en ella la verdad humana, sin la cual no puede haber, ni poesía, ni inspiracion sincera. La epopeya de Boileau, de Voltaire y de Luzan, no es la epopeya de Homero. No son ellos por cierto los que, respetando la verdad de las costumbres y la lisura de los sentimientos, habrian pintado al grande Aquíles, el héroe de los héroes, insultando groseramente á Agamemnon, ó cortando y adobando por su propia mano las carnes de cordero y de jabalí con que habia de obsequiar á Ayax y Ulíses; ni tampoco al impetuoso Patroclo, hijo de un rey, atizando la hoguera en que se asaban estas carnes [1]; ni ménos todavía á Ulíses, náufrago y hambriento, presentándose de improviso, en cueros y cubierto de fango, ante una princesa cercada

[1] *Iliada*, canto IX.

de hermosas doncellas, á las cuales, segun dice el mismo Homero, pareció espantoso en aquella situacion lamentable [1]. Nada más épico que la *Biblia*, y al mismo tiempo nada más sencillo ni más desnudo, al presentar á la humanidad tal cual fué, tal cual es, tal cual será siempre : un tejido complicado é indefinible de elevacion y de grandeza, de pasiones y de miserias.

El Duque de Rivas ignoraba que el elemento preponderante de su vena poética era el elemento épico. ¡Feliz mil veces! Por eso acertaba, sin sospecharlo, con la inspiracion de la epopeya. Siempre he creido, y no titubeo en decirlo, á riesgo de que se tome á paradoja, que nadie ha escrito jamas deliberadamente verdadera poesía épica. Dante, el único acaso de los poetas cristianos que merece plenamente el nombre de poeta épico, no intentaba siquiera ceñir sus sienes con esta solemne corona. Juzgaba y referia las cosas con el ímpetu de la ira ó con el entusiasmo místico de la fé. Escribia sin pararse en primores retóricos, como quien da desahogo involuntario al ímpetu de las emociones internas, y, juez implacable, se atrevia á emplear las armas del cielo y las imprecaciones de la tierra para condenar los

[1] *Odisea*, canto VI.

vicios y los crímenes de su tiempo. Ariosto, que se burla de la estructura del poema, que interrumpe todas sus narraciones, que hacina lances sin el menor respeto á la unidad, que lleva su desenfado hasta la procacidad, encierra no obstante en su obra grandes bellezas épicas, porque al través del enredado mosáico de las aventuras caballerescas y fantásticas de Mandricardo, Rodomonte, Angélica, Bradamante, Ruggiero, Doralice, Marfisa y otros innumerables personajes, se trasluce, y por decirlo así, se siente el movimiento de las pasiones humanas, la impetuosa energía de los sentimientos morales de su tiempo. No es la forma el elemento esencial en la poesía épica bien entendida. Grandes críticos han colocado con harta razon á Shakspeare, por sus dramas, al lado de Homero y del Dante, como uno de los tres mayores poetas épicos que han existido en los tiempos antiguos y modernos. Poseia en grado sublime la ciencia del alma humana, y sabía pintar con los vigorosos acentos del genio, no sólo los impulsos inmutables del hombre, sino los caractéres peculiares de aquella edad extraordinaria, en que andaban en confusa amalgama, formando á la vez contraste y liga, el idealismo más puro y el materialismo más grosero, la civilizacion y la barbarie.

Por brillantes y deslumbradores que sean, algo falta para ser verdaderamente épicos á aquellos poetas que no aciertan á ser grandes pintores de la humanidad. El Tasso, por ejemplo, que es ante todo artista consumado, que sabe y quiere componer un poema épico ajustado á todas las prescripciones doctrinales, no escribe sino una fantasía de corto alcance moral en su conjunto, si bien llena de admirables cuadros y episodios. Las imágenes son espléndidas, las pinturas de la naturaleza llenas de hechizo y de embeleso; pero no busqueis en la *Jerusalen* el acento profundo y sincero de las grandes pasiones ni de los heróicos sentimientos. Sus héroes y sus anacoretas son héroes y anacoretas de teatro, están rodeados de una atmósfera risueña y luminosa, que quita á aquellos el vigor y á éstos la austeridad. Se ha dicho ingeniosamente que las lágrimas del infortunio en los personajes del Tasso son tan suaves, que se parecen á las lágrimas que hace brotar la felicidad. Todo en su poema es pintoresco, pero casi nada es humano. El mágico Ismeno y los adalides sarracenos, Soliman, Argante y Aladino, son, más que hombres, emisarios del infierno, que no pueden causar emocion verdadera sino en imaginaciones infantiles. Algunas aunque raras veces deja el Tasso el ideal fic-

ticio en que su musa vive y se recrea, para entrar en el mundo de los afectos verdaderos, y entónces el estro que le anima es ménos épico que dramático. Armida, la altiva hechicera, vencida por el amor, presa en sus propias redes, cae del trono de su arrogancia desmedida, y rindiendo á los piés de Reinaldo estirpe, mágia, religion, y lo que es más, su orgullo de mujer admirada, quiere cortar sus hermosos cabellos y seguirle como vil esclava (*sprezzata ancella*[1]). Para pintar esta dramática figura, emblema de la pasion arrebatada y ciega, encuentra el Tasso acentos elocuentes, que no nacen de la fantasía, sino de lo más hondo del alma. Pero ni esta pintura admirable, ni la ternura de Olindo y Sophronia, ni la magnanimidad de Clorinda, ni la peregrina descripcion de los jardines de Armida, ni la selva encantada, ni otros muchos cuadros y primores de que está salpicada la *Jerusalen*, bastan á darle el carácter de la verdadera epopeya. En las mocedades del DUQUE DE RIVAS, este poema era el prototipo de la perfeccion épica. Hoy, que la crítica, más racional y más filosófica, no se deja llevar á ciegas de los prestigios engañosos de autoridades mal comprendidas, puede decirse sin escándalo que hay pocos

[1] *Gerusalemme liberata*, canto XVI.

poemas ménos *épicos*, atendida la genuina inteligencia de esta palabra, que la bellísima *Jerusalen* del Tasso.

Este juicio, que ahora parece cosa llana y fundada, habria sonado á los oidos del *clásico* Saavedra, ántes de los tiempos de su conversion literaria, como una blasfemia doctrinal. Y sin embargo, á pesar de sus incontestables bellezas, nunca la poesía brillante y afiligranada de la *Jerusalen* cautivó del todo á nuestro poeta. Sentia instintivamente que no habia afinidad alguna entre aquellos preciosos artificios y el vuelo libre y un tanto desmandado de su propio ingenio. Lo repetimos, poco suele tener de *épica* la poesía que como tal se escribe deliberadamente; la poesía épica es planta que no brota nunca espontáneamente en las sociedades pensadoras y refinadas, y cuando se produce á impulsos de la voluntad académica, nace raquítica y descolorida, como las flores que se cultivan á duras penas en los invernáculos; ha de ser más naturaleza que arte; no se contenta con la verdad poética; necesita la verdad absoluta.

El Duque de Rivas escribe, sin saberlo, poesía épica, y cabalmente acaso porque no lo sospecha. Ha escrito poesías líricas que no olvidará la posteridad, pero su númen verdadero no tiene el carácter

personal que es por lo comun la fuente de este género de poesía. Le habia dotado el cielo del alto dón de identificarse con la nacion á que pertenecia. Soñaba, sentia, se alegraba ó se afligia con ella; se conmovia, como ella se conmueve, con las glorias pasadas y con los sentimientos presentes; su alma abarcaba á un tiempo, como la España misma, el entusiasmo de Pavía y el entusiasmo de Bailén; y cuando el poeta *individual* es el intérprete, y por decirlo así, el órgano glorioso de otro poeta más grande, esto es, de la nacion entera, entónces hay siempre algo esencialmente épico en el fondo y en la forma de la poesía.

Pero el sello épico en las obras del DUQUE DE RIVAS, como sello profundamente popular, difiere grandemente de la poesía heróica convencional de los preceptistas, que comprimieron y esterilizaron las fuerzas poéticas de los mejores años de su mocedad. El romance, que le habria parecido en otro tiempo una profanacion de la musa heróica, le parece ahora el instrumento más dócil, más simpático y más español. Quiere contar al pueblo sus grandezas y sus ilusiones en el lenguaje flexible, natural y poético que el pueblo mismo ha creado, y huye con cierta fruicion íntima de la entonacion pomposa sin tregua

de los modelos del seudo-clasicismo, que le parece ahora monótona y glacial, como una prolija y vanagloriosa ceremonia. Guárdase bien de entonar la *trompa épica*, como decian los clásicos, expresando en esta irrisoria metáfora el aparato á todo trance que, en sentir suyo, requieren las composiciones heróicas. Mal podia entonar exclusivamente la *trompa épica*, ni el *caramillo*, ni otro instrumento metafórico, quien se proponia seguir libremente todos los tonos á que se prestase el asunto, y no entusiasmarse con fingido entusiasmo que no brota del corazon ó de la fantasía, ni dar solemnidad al lenguaje, ni altisonante gravedad á los cuadros y á los personajes por mera sumision á los dogmas de las *Poéticas*.

No hay para qué decir que la poesía épica del autor de los *Romances históricos* carece de la unidad trascendental que constituye la última perfeccion del arte, y de aquella sencillez augusta que resplandece en la *Biblia* y en la *Iliada*. El poeta corresponde siempre á su época y á su país. Esa epopeya eminentemente sencilla y eminentemente majestuosa, esa epopeya sublime y soberana, no cabe en estos tiempos; y no ha de olvidarse, por otra parte, que la cuna del DUQUE DE RIVAS fué iluminada por el mismo sol que iluminó la cuna de los Sénecas, de

los Lucanos y de los Góngoras. En su estilo, como en el de algunos de aquellos sus famosos paisanos, se amalgaman sin violenta discordancia la hipérbole y la llaneza. La hipérbole, mal contenida en los estrechos límites del buen gusto, es al númen poético lo que la fanfarronada al valor : un alarde innecesario de fuerza, que suscita dudas sobre la fuerza verdadera. El DUQUE DE RIVAS abusa poco de la hipérbole, y si alguna vez se extrema en ella, no hay que olvidar que las razas meridionales gustan, en las letras, de la exuberancia de las imágenes y de los colores, que no es más que el reflejo de la exuberancia misma de su imaginacion. La crítica no puede ménos de tener en cuenta que el cielo bajo el cual nacen, ya sea nebuloso y sombrío, ya radiante y abrasador, se refleja siempre en las obras de los verdaderos poetas. No puede, por consiguiente, ser severa en esta parte con el DUQUE DE RIVAS, que sabe poner coto á los extravíos de aquella tendencia nativa. Cuantos le han tratado en íntima y constante confianza saben no sólo que Calderon era su autor favorito, sino que rayaba en fanatismo la aficion que le profesaba. Hasta los resabios del gongorismo le parecian bellos en el gran poeta dramático. Intentaba explicarlos por el vuelo mismo de la imaginacion, y sostenia que era

grandeza algo de lo que á los demas nos parecia extravío. Ayudado en esta admiracion sin exámen, por la natural inclinacion de su índole andaluza, á la hipérbole y al concepto, inclinacion que el tiempo no ha desterrado todavía completamente entre nosotros, de temer era que el estudio contínuo de aquel modelo le hiciese dar, á pesar suyo, en la aviesa tendencia. Su sano instinto le preservó casi del todo, y sólo rara vez, en medio de sus narraciones, siempre claras y naturales, asoma algun pensamiento alambicado, á la manera de los poetas del siglo XVII, como cuando llama á un fogoso caballo *remedo del Vesubio*, y á una pistola *áspid fiero de metal;* anacronismos de lenguaje, que, á pesar del sabor antiguo de los *Romances históricos*, son impropiedades de estilo malamente ingeridas donde rebosa tan natural desembarazo y tanto ingenio de finísimo temple.

El achaque grave de que alguna vez adolece, no es posible negarlo, el estilo narrativo del DUQUE DE RIVAS, es la falta de sobriedad. Su vehemencia le arrastra, y no sabe poner freno á la expresion, que se le presenta siempre fácil y caudalosa. La imitacion involuntaria de los poetas del siglo XVII y su propia abundancia, le inducen á no escatimar una sola palabra de las muchas que sin necesidad se le

ofrecen al paso. Como todos los poetas de primer órden, que hacen á la expresion esclava del pensamiento, emplea muy á menudo esas frases propias y vigorosas que brotan del pensamiento mismo, y dicen, en su concision, lo que no alcanzarian á decir prolijas explanaciones; pero otras veces, las ménos, incapaz, por carácter y por la índole de su númen, de pararse á corregir y limar sus versos, se entrega con cierto voluntario abandono á la dilatacion de las ideas. Así expresa, por ejemplo, la instabilidad de las cosas humanas :

¡Oh Dios, y cuán fácilmente,
En la miserable tierra,
Tras de las más dulces horas,
Horas de amargura vuelan!
¡Cuán fácilmente las dichas
En infortunios se truecan,
Cámbiase la gala en luto,
Se torna el gozo en tristeza!

Todo esto está dicho de una manera tan agradable, tan poética, tan conforme á la entonacion del romance popular castellano, que apénas puede caer el lector en que la misma idea está expresada de cuatro diferentes maneras.

No extrañeis, Señores, que os haga notar, como de pasada, este lunar del estilo hermoso y expresi-

vo de nuestro poeta. Cumplo en ello un deber de sincera y sana crítica ante este ilustre Cuerpo, fiel guardador, no sólo del habla castiza, sino del gusto puro y acendrado. Mis observaciones acerca de este punto en nada pueden empañar el brillo de la alta gloria del Duque de Rivas, en cuya poesía resplandecen tan robustas prendas y tan primorosas perfecciones; él mismo advertia, sin poder contenerla, esa superabundancia de expresion, que en sus versos está compensada con su incomparable gala en el decir; pero creo que es oportuno llamar la atencion sobre ella en el tiempo presente, en que el desleimiento de la frase, que corresponde siempre al desleimiento de la idea, es la forma literaria al uso. La sobriedad vigoriza el pensamiento, y es como el sello de la inspiracion; la redundancia le empobrece y amortigua; y si puede tolerarse en poetas como el Duque de Rivas, que rara vez incurren en ella, y que encubren el resabio con el lujo seductor de la frase, es una verdadera calamidad en manos de la medianía. Existirá acaso, mas no recuerdo ningun poeta de nuestra patria, como no sea Arguijo en algunos sonetos, y acaso Fray Luis de Leon en pocas de sus composiciones, que pueda mencionarse como un dechado cabal y perfecto de conciso y concentrado es-

tilo, en que no huelguen ni una sola idea, ni una sola palabra. Este privilegio eminente, reservado á pocos más que á Horacio, á Leopardi y á Béranger, es uno de los dones más bellos que Dios concede á los entendimientos superiores. ¡Dichoso el escritor que merezca lo que ha dicho un gran crítico de Béranger! «No tiene un solo verso que no lleve en sí el sello de la necesidad.»

Todos reconocen la diccion pura y castiza del Duque de Rivas; pero no ha faltado quien advierta que no siempre es igualmente correcto y esmerado. La igualdad y el detenimiento no cabian en musa tan viva y movediza; y quizá, despues de haberse afiliado en la escuela de la libertad literaria, hacia alarde de evitar la tersura y uniformidad académicas que pudieran parecer estudiadas, por una afectacion análoga á la que empleaban los escritores de la escuela clásica para demostrar entonacion constante y firme, y formas académicas limadas é intachables. Pero, á pesar de su desigualdad, puede asegurarse que es uno de los primeros hablistas contemporáneos. Á diferencia de lo que acontece en la era presente, no formó D. Ángel de Saavedra su lenguaje con la lectura de libros extranjeros. Leyó y estudió con deleite los libros españoles de la edad de oro, y se inoculó,

por decirlo así, en su espíritu y en su grandeza. Para convencerse de ello basta leer *El Moro expósito.* Allí se descubre desde luégo que el autor no ha pensado en francés para traducir despues sus ideas al idioma castellano; allí todo es exclusivamente español; allí en locuciones y en palabras resalta visiblemente el desembarazo expresivo y simpático de quien conoce á fondo su lengua, y á su antojo la maneja y domina.

¿Quereis ver ahora demostradas las facultades épicas del DUQUE DE RIVAS? No tengo más que recordaros cómo comprende, cómo siente y cómo expresa, entre la gloriosa corona histórica de sus *Romances*, dos grandezas de nuestros anales, una pasada y otra contemporánea: *el descubrimiento de América* y *la batalla de Bailén*, cuán fielmente se reflejan en sus versos las costumbres, los sentimientos y el noble aliento de la nacion española.

Sobre la inspiracion lírica y sobre el dón de describir con propiedad, con gala y con calor, dón en que pocos le igualan, sobresale en las obras poéticas del DUQUE DE RIVAS, como indicio seguro de sus facultades épicas, otro dón más raro y precioso todavía: el de narrar bien. Otro poeta, dando vuelo á su fantasía, por decirlo así, personal y contemporá-

nea, habria cantado en una oda el descubrimiento de América. El Duque de Rivas, por la virtud misma de su instinto, ve los grandes hechos y las hazañas inmortales como suele verlas la musa popular. En vez de cantar aquel hecho prodigioso, lo cuenta; pero lo cuenta cantando, que así es como refieren las cosas los poetas populares.

En los *Recuerdos de un grande hombre*, el personaje Colon toma el prestigio poético y novelesco que da el trascurso de los siglos, sin perder nada de su fisonomía natural y humana. La pintura sóbria y expresiva que hace el poeta del á un tiempo imponente y menesteroso marino y de su hijo, y la acogida afectuosa y cordial que les dispensa en el convento de la Rábida Fray Juan Perez de Marchena, como animado de fuerza intuitiva ó movido por misterioso decreto del cielo, es uno de los cuadros más tiernos é interesantes, y al propio tiempo una de las exposiciones más felices que ofrece la literatura moderna.

No consienten los límites de este Discurso entrar en un exámen prolijo y ordenado de este precioso poema, ni aquilatar uno á uno sus peregrinos rasgos y primores. Pero no puedo prescindir de llamar vuestra atencion hácia la profunda pintura que hace el

poeta de las angustias y zozobras de un hombre que lleva en su mente un pensamiento gigantesco,

Que exclusivo su alma absorbe,
Que es la sangre de sus venas,
Que es el aire que respira,
Que es ya toda su existencia.

Con ser este pensamiento un tesoro de inmensa valía, nadie lo comprende ni lo apoya, y ve el marino pasar infructuosamente los años, y teme tal vez que le sobrevenga la muerte y nadie sepa despues arrancar de la inmensidad de los mares ese tesoro que Dios le ha revelado á él solo. Los sabios no le entienden, los poderosos no le protegen,

Y el vulgacho vil se mofa,
Cual de un loco, del que anda
Tan desarrapado, y grave
Ofrece montes de plata.

Pero aquel hombre, desdeñado y escarnecido, lleva un mundo en su mente, y Dios, que le ha hecho aquella revelacion sublime, no permite que éntre el desaliento en su corazon.

De sí mismo más seguro
Miéntras halla más tropiezos,
Y nuevas fuerzas cobrando
De su propio abatimiento,

Del genovés navegante
Parece el alma de acero,
Escollo inmoble que arrostra
Siglos, rayos, olas, vientos.

Muchos años pasó despues en Córdoba, donde se hallaba la córte, pugnando por hacerse comprender. Allí se habian concentrado todo el vigor, toda la actividad y todo el brillo de las dos monarquías castellana y aragonesa. Nadie tenía espacio, ni voluntad, ni entusiasmo, más que para preparar y acelerar el grande acontecimiento que habia de poner espléndido remate á una epopeya de ocho siglos, y de regocijar no sólo á España, sino á la cristiandad entera. Ved con cuán vigoroso pincel bosqueja el poeta aquel bullicio cortesano y aquellos gloriosos afanes:

Todo es movimiento y vida,
Todo actividad extraña,
Todo bélico aparato,
Todo fiestas cortesanas.....
Córdoba es concilio, córte,
Almacen, campo de armas,
Tribunal, mercado, lonja,
Escuela, taller y sala.....
Aquí llegan municiones,
Allí granos y vituallas,
Acá se doman corceles,
Allá se adiestran escuadras.
Allí armaduras se bruñen,
Aquí se bordan gualdrapas,

Acá se recaman vestes,
Allá se templan espadas.
No hay una persona ociosa,
No hay sin movimiento un alma,
Ni imaginacion tranquila,
Ni pecho sin esperanza.....
Unos sueñan en despojos,
Otros nombre y lauros ánsian,
Quién va á ganar indulgencias,
Quién mando pide y aguarda.
Y todas estas ideas
Se humillan, aunque tan várias,
Á un gigante pensamiento:
LA CONQUISTA DE GRANADA.

Pero en los fastos de las naciones, que traza la mano de la Providencia, estaba escrito que el año de 1492 fuera glorioso entre los más gloriosos de la heróica nacion española. Rendido el mahometismo en Granada, esto es, satisfecha en Europa una necesidad imperiosa de la civilizacion cristiana, Dios permitió que se abriera camino en un mundo remoto é ignorado esta misma civilizacion, única grande y verdadera, porque es la única que desarrolla y glorifica los dos impulsos más nobles y fecundos que encierra el alma humana: la *caridad* y la *libertad*.

Habia en Castilla una mujer, á la cual, como á Colon, habia dotado la Providencia de genio y de heroismo. Era ésta Isabel Primera, que por un pri-

vilegio acaso único en la historia del mundo, juntaba en su alma las prendas más peregrinas del hombre y de la mujer. Ardia en su corazon el santo fuego de la religion y de la patria, y movida por estas dos poderosas palancas, llama á su presencia al porfiado soñador, y su alma cede de improviso al inefable contagio de aquellas ilusiones de tan extraña y fascinadora grandeza.

Con una sola mirada,
La Reina vió en aquel hombre
De la inspiracion celeste
Los divinos resplandores;
Y él, de una mirada sola,
La grandeza reconoce
Y la inteligencia suma
De la Reina que le acoge.

Aquellas dos almas se hallaban entónces á un mismo nivel, y el más alto á que puede remontarse la humana condicion. La Reina escuchaba con asombro y admiracion á aquel hombre inspirado, que le parece un ángel ó un profeta.

Abarca su entendimiento
El vasto plan, que doctores,
Reyes, repúblicos, pueblos
Juzgan quimeras informes.
Ve la expedicion segura,
Y ya en ignotas regiones

Triunfante la fé de Cristo,
Con el castellano nombre.
  Ve un torrente de riquezas,
Que hácia sus vasallos corre,
Y una gloria y poderío,
Que envidiarán las naciones.
  Y superior á sí misma,
Del cielo ayudada entónces,
Ve aun más que el piloto mismo,
Aun más alto que él alzóse.....
  Quítase la alta diadema,
Y de su pecho recoge
Las riquísimas insignias,
De incalculables valores;
  Las joyas y pedrería,
Los brazaletes y broches
Que sus brazos y su cuello
Engalanaban, y pone
  Aquella breve riqueza
(Breve, sí, pero de enorme
Precio) encima del bufete,
Y «toma», dice á aquel hombre,
  «Toma; emplea este tesoro,
»Sin que nadie te lo estorbe,
»En cumplir el pensamiento
»Que Dios te ha inspirado.—Corre,
  »Vuela: en naves castellanas,
»Mares nunca vistos rompe,
»Arrostra las tempestades,
»Tu estrella los vientos dome.
  »Lleva á ese ignorado mundo
»Los castellanos pendones,
»Con la santa fé de Cristo,
»Con la gloria de mi nombre.
  »El cielo tu rumbo guie,
»Y cuando glorioso tornes,

»Oh Almirante de las Indias,
»Duque y Grande de mi córte,
»Tu hazaña bendiga el cielo,
»Tu arrojo al infierno asombre,
»Tu gloria deslumbre al mundo,
»Abarque tu fama el orbe.»
En tanto que así decia
Reina tan ilustre, sobre
Su cabeza colocaba,
Con altas aclamaciones,
Un ángel corona eterna
De luceros y de soles,
Que miéntras más siglos pasan,
Adquiere más resplandores.

¡Decidme, Señores, si esta poesía, en la cual, hermanando el lirismo y la narracion, engalana el poeta la relacion de los hechos con los atavíos fantásticos de la imaginacion cordobesa, no es la poesía épica, tal como la comprende y la siente el pueblo español!

Pues volved ahora la vista á los hechos de la edad presente, que se ofrecen á nuestros ojos con la realidad descarnada, sin ese velo de ilusion y prestigio con que el tiempo lo engrandece y lo idealiza todo, y veréis asomar tambien la vena épica en cuanto cabe en la inspiracion contemporánea. Recordad el romance titulado *Bailén*. Al trazar con mano maestra la conmocion que produce en Sevilla la invasion francesa, describe así la unidad de esfuerzos y de senti-

mientos que la indignacion patriótica produce en todas las clases de la sociedad:

Súbito clamor confunde
Las ántes tranquilas auras,
Y agitado el pueblo inmenso,
Hierve en las calles y plazas.
Plebeyos, nobles y grandes,
Canónigos, hombres de armas,
Frailes, doctores, artistas,
Traficantes y garnachas,
Sólo un cuerpo humano forman,
Donde sólo vive un alma,
Que un solo afan precipita,
Y que un solo grito lanza.

Con el estilo, llano á par que hiperbólico, que aquí tanto halaga y recrea, hace de Napoleon, agresor injusto, pero conquistador maravilloso, la siguiente magnífica pintura:

De oro, de hierro, de barro
Inmensurable coloso,
La frente en las altas nubes,
El pié en los abismos hondos;
De infierno, de cielo y tierra
Un incomprensible aborto,
Un prodigioso compuesto
De ángel, de hombre y de demonio,
Alzó de Francia perdida,
Con su brazo portentoso,
Para en él tomar asiento,
El despedazado trono;

Ídolo de doce siglos,
Y de cien monarcas sólio,
Que desparecer vió el mundo
Terrorizado y absorto.....
Alzóle, pues (para tanto
Dios le dió fuerzas á él solo),
Y aun juzgó para su mole
Pedestal tan grande poco;
Y desde él mandaba el mundo,
Llevando de polo á polo,
De tempestades armada,
La fuerte mano á su antojo.....
Con un ceño de su frente,
Con un volver de su rostro,
Desaparecian imperios
Y se trastornaba el globo.

Despues de referir con nobles y poéticos rasgos el triunfo de Bailén, alcanzado por los bisoños guerreros del Guadalquivir, que marchan á combatir con las soberbias y ostentosas huestes francesas

Sin pomposos atavíos,
Sin voladores penachos;
La justicia de su parte
Y la razon de su bando,
Con Dios en los corazones
Y con el hierro en las manos,

da este poético y elevado remate al admirable romance de *Bailén*:

¡Viva España!! gritó el mundo,
Que despertó de un letargo.

Al grande estruendo, apagóse
En el firmamento un astro.
Y al tiempo que ante las plantas
Del noble caudillo hispano,
Dupont su espada rendia
Y de sus sienes el lauro,
Desde el trono del Eterno
Dos arcángeles volaron:
Uno á dar la nueva al polo,
Su nieve en fuego tornando;
Otro á cavar un sepulcro
En Santa Elena, peñasco
Que allá en la abrasada zona
Descuella en el Oceáno.

¿No veis, Señores, en este nuevo ejemplo, otra forma de la entonacion épica, á un tiempo narrativa, lírica y fantástica, que cuadra á la índole peculiar del pueblo español? Pero ¿para qué os lo pregunto? La emocion que os causa ese noble y popular lenguaje, lo está diciendo más alto que todas las teorías deliberadas de la crítica. Podrá notarse que el romance á *Bailén* encierra vuelos y arranques de imaginacion que pertenecen al lirismo elevado de la oda, parto exclusivo casi siempre de entusiasmo pasajero, y creerse, por consiguiente, que carece del carácter sereno de la poesía épica, la cual refiere, juzga, razona, y parece destinada á perpetuar la memoria de grandes hechos y de sentimientos sublimes. Pero no ha de olvidarse que toda poesía, hasta la

épica, no en su acepcion convencional, sino en la significacion genuina y elevada que le atribuye la crítica filosófica, toma en su forma el sello particular de las razas y de los tiempos. El DUQUE DE RIVAS, que era andaluz, y que odiaba aquella pérfida agresion con todo el indómito ardimiento del pueblo español, cuando escribia (treinta años despues del suceso), áun sentia vibrar en sus oidos y en su corazon la voz de la Giralda,

Que al huracan ensordece,
Sobrepuja á las borrascas,
Conmueve la baja tierra,
Y el firmamento traspasa;
Guerra pregonando al mundo,
Á guerra convoca y llama
Á toda la Andalucía,
Á toda la extensa España.
Y ciñe la erguida frente,
Al llegar la noche opaca,
De una corona de hogueras
Que viento y lluvias no apagan;
Bandera del fuego santo
Que se ha encendido á sus plantas,
Cráter del volcan tremendo
Que en la gran Sevilla estalla.

¿Qué mucho que quien así se conmovia al recuerdo de aquel grande impulso nacional, levantase el tono, frisando con la oda, en esa forma vehemente, tan esencialmente española y tan adecuada al ro-

mance castellano, que con su incomparable flexibilidad puede, al acaso de las ideas, cambiar de entonacion, sin disonancia y sin menoscabo de su carácter popular?

El Duque de Rivas llamó *históricos* sus *Romances*. Aquellos que han leido sus obras, saben bien que esta calificacion de *históricos* es aventuradísima, si se toma esta palabra por la oferta de una certidumbre absoluta, semejante á la que deben tener las relaciones oficiales. Quien así la entendiese, veríase grandemente chasqueado al encontrar en los *Romances* anécdotas mal averiguadas y acaso no muy verosímiles. *Roldan*, el arcabucero sevillano, presentando al rey Francisco Primero una bala de oro de dos onzas, expresamente fundida para matarle, y asimismo cinco de plata destinadas en la batalla á otros tantos caudillos franceses, apénas consiente el exámen crítico de la historia. Ántes de la batalla de Pavía, las heróicas huestes del Marqués de Pescara y de Antonio de Leiva llegaron á tan apurado trance pecuniario, que para dar á las tropas tudescas, movidas por el interés, no la paga entera, que esto era imposible, sino un exíguo socorro, fué indispensable recoger y acuñar toda la plata de los templos, y, lo que es más, que los soldados españoles dieran por el momento,

con admirable abnegacion, lo poco que tenian, para calmar la impaciencia de sus compañeros de Alemania. ¿Cómo, en tan angustiosas circunstancias, un simple arcabucero habia de fundir balas de oro y plata por satisfacer un antojo caballeresco?

Deleznables son sin duda sus fundamentos tradicionales, y sin embargo, bajo cierto punto de vista, nada más histórico que esta peregrina anécdota y otras semejantes que abundan en los *Romances*. La bala de oro del arcabucero Roldan es una especie de parábola que hubo de brotar espontáneamente de la imaginacion popular de los soldados. No encierra la verdad de un hecho, pero sí la de un sentimiento. La *bala de oro*, destinada al Rey por un arcabucero, representa, en la soldadesca, aquella misma veneracion á la majestad de los reyes, de que hacen tan noble gala los caudillos vencedores besando la mano de rodillas al monarca vencido, en el campo mismo de batalla.

En la inflexibilidad con que acusa á los doctores y maestros de la insigne Salamanca de haber tratado altivos á Colon *cual convicto reo*,

Y de informar á la córte
Con el más alto desprecio,
De visionario y de loco
Prodigándole dicterios,

ofrece otro ejemplo el DUQUE DE RIVAS de la facilidad con que los poetas populares hacen eco á creencias generales erradas. Innumerables autoridades, entre las cuales se cuentan D. Fernando Pizarro, en sus *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, el esclarecido Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, y el mismo Colon, no dejan duda en sus escritos, del singular patrocinio que hallaron en Salamanca el grande hombre y su maravilloso intento. En el convento de San Estéban, adonde llegó, en 1484, y en el cual estuvo largo tiempo aposentado, encontró quien le atendiese y le entendiese. El prelado del convento le acompañó á la córte con sabios religiosos y maestros, convencidos por las razones de Colon y subyugados por la grandeza de sus designios; distinguiéndose entre todos el docto maestro Fr. Diego de Deza, primero catedrático de Salamanca, y despues maestro del príncipe D. Juan, inquisidor general, arzobispo de Sevilla y arzobispo electo de Toledo. Este eminente varon, que tenía fácil acceso en la cámara de los Reyes, les encarecia la inmensa importancia de sus proyectos, y no se apartó de su amigo hasta que éste logró la realizacion de su grandioso objeto.

El mismo Colon, en una carta que escribió al Rey,

y que Fr. Bartolomé de las Casas vió original (*Historia general de las Indias*, lib. I, cap. XXIX), dice: «que debian los Reyes Católicos las Indias al maestro »Fr. Diego de Deza y al convento de San Estéban »de Salamanca[1].»

Ya veis, por estos dos ejemplos de diversa índole, que el DUQUE DE RIVAS, aun en los romances que

[1] «Colon celebró muchas conferencias con los matemáticos de la uni»versidad en Valcuevo, granja del convento de San Estéban, á dos leguas »de Salamanca, en cuyo término hay una pequeña eminencia, que con»serva el nombre de *Tesso de Colon*. Los profesores calificaron de realiza»ble el proyecto..... Es esto poco extraño tratándose de una universidad »donde en el siglo XVI se enseñaba por estatuto el sistema de Copérnico, »poco despues de haberle publicado su autor, en 1543.» (ÁLVARO GIL SANZ, *Revista Salmantina*, 1852.)

Don Fernando Pizarro, en sus *Varones ilustres del Nuevo Mundo* (Vida de Colon, cap. III), dice así:

«Determinó Colon de ir á la universidad de Salamanca, como á la ma»dre de todas las ciencias en esta monarquía. Halló allí grande amparo en »el insigne convento de San Estéban, de padres dominicos, en quien flo»recian en aquella sazon todas las buenas letras; que no solamente habia »maestros y catedráticos de teología y artes, pero aun de las demas fa»cultades matemáticas y artes liberales. Comenzaron á oirle, y á inquirir »los grandes fundamentos que tenía, y á pocos dias aprobaron su demos»tracion, apoyándole con el padre maestro Fr. Diego de Deza, catedrá»tico de prima, de teología, y maestro del príncipe don Juan.»

Pueden ser consultadas, para mayor ilustracion, las noticias contenidas en la erudita nota que acompaña á la *Memoria sobre la universidad de Salamanca*, escrita, algunos años há, por el reverendo padre Fr. Pascual Sanchez, del Órden de Predicadores, catedrático de teología de la misma universidad.

llama *históricos*, acepta sin escrúpulo y sin exámen cuanto el pueblo cree, siente ó imagina. Pero esta misma facilidad irreflexiva del poeta es lo que da á sus obras el sello nacional que todos admiramos en ellas. Un escritor ilustre ha dicho con razon que las novelas históricas de Walter Scott valen más que la historia misma. Esta feliz paradoja encierra profundo sentido crítico. Walter Scott, en medio de las creaciones de su inventiva, pone el más escrupuloso esmero en seguir fielmente las tradiciones, y en arrancar las figuras históricas del pensamiento popular. Así hizo el DUQUE DE RIVAS; así han hecho instintivamente todos los poetas populares. Todos ellos han estudiado, aun más que la historia que escriben los cronistas oficiales, la historia que el pueblo discurre y adivina. Ésta es más poética, y no por cierto mucho más incompleta y engañosa que la otra. No describen fielmente los *Niebelungen* y el *Romancero del Cid* las figuras reales y verdaderas de Sigfrido, de Atila y del *Campeador;* pero en esos personajes míticos que crea la fantasía popular, hallais el retrato de la grandeza moral de las naciones germánica y española, como no saben ni pueden hacerlo jamas los más aventajados analistas. Hé aquí cómo los pueblos-poetas, pintándose á sí propios en

personajes quiméricos y en anécdotas novelescas, legan á la posteridad en esos aparentes juegos de la imaginacion, monumentos de realidad histórica, padrones de gloria, que la crítica más austera no puede desatender y mucho ménos desdeñar.

De esta naturaleza es el valor *histórico* de los *Romances* del DUQUE DE RIVAS. Nada más popular que su inspiracion. Eco de la nacion que tanto amaba, es uno de los raros poetas en que la personalidad del autor no asoma casi nunca; y no es modestia ni sistema; es mero instinto, es impulso irreflexivo del alma, y por eso su poesía es tan espontánea y tan eminentemente española.

De la poesía histórica, así entendida, á la leyenda tradicional no hay más que un paso. El DUQUE DE RIVAS se hallaba siempre en su natural esfera allí donde podia sentir y pintar los instintos y los impulsos nacionales, ya fuesen nobles y heróicos sentimientos, ya preocupaciones y singularidades de raza y de costumbres. Tres bellísimas leyendas dejó escritas. Únicamente os hablaré de *La Azucena milagrosa*, no sólo porque es la más notable, sino porque toma en ella un vuelo nuevo y verdaderamente extraordinario el númen del poeta. El asunto es, como sabeis, el cuadro de una desgracia inmensa, trabajosamente

aplacada y redimida por la penitencia y la fé. Nuño Garceran no es de esos seres desgraciados que, á la manera de *Werther* y *Manfredo*, labran su desventura trastornando los sentimientos morales con extravíos metafísicos. Mató á la esposa adorada en un arrebato de celos infundados, y las angustias dolorosas, ya místicas, ya positivas, de su vida, no son más que las consecuencias que lógica y naturalmente habia de acarrear aquella horrible catástrofe al amante, al caballero y al cristiano. El DUQUE DE RIVAS no comprendia esos personajes de la musa romántica, que empleando encarnizadamente todas las fuerzas del entendimiento en exacerbar llagas artificiales del alma, se privan voluntariamente de los consuelos del cielo y de la tierra. Con el alma sana y serena, el poeta español acepta el mundo tal como se lo presenta la Providencia, y, á pesar de las imperfecciones terrestres, unas veces resignado, otras contento, no sabe vivir mal avenido con la vida. Por eso su imaginacion puede retratar penitentes y desgraciados, pero no misántropos ni suicidas.

Y no se diga que no sabe ahondar en las aflicciones místicas del alma humana. Ahí está, para demostrar lo contrario, la figura de Garceran, magnífico emblema del amor, del remordimiento, de la fla-

queza humana, de la rehabilitacion ascética y de la influencia divina. Garceran no se complace en destrozar su alma, aniquilando en ella con abstracciones temerarias la fuente de los afectos verdaderos. En vez de entregarse sin causa á las dolorosas quimeras de un alma enferma y descaminada, siente males reales y positivos, en perfecto acuerdo con los impulsos de la conciencia humana. Es un trasunto luminoso de esos corazones ardientes que no saben consolarse ni olvidar, y arrastran por todas partes, sin alivio y sin esperanza, las pesadas cadenas de su arrepentimiento y de su pena. Busca refugio en la religion, pero su conciencia amedrentada tarda largos años en encontrar la paz. La lucha interna del cenobita, sus mentales delirios, las dudas de su salvacion, las sugestiones del orgullo, que le representa de cuando en cuando imágenes de sus glorias pasadas y le hace perder terreno en la perfeccion mística á que aspira, constituyen uno de los trozos más notables de poesía fantástica que ha producido la Europa moderna. No habréis olvidado cómo pinta el poeta las tentaciones de soberbia mundana que asaltan el combatido espíritu de Garceran, antiguo y glorioso partícipe de la conquista de Granada, del descubrimiento del Nuevo Mundo y de la conquista de Méjico.

Cierto estoy que no ha de pesaros oir de nuevo algunas estrofas, que recuerdan la entonacion lírica de Manzoni:

Cuántas veces al lúgubre
Morir de hermoso dia,
Cuando en vapores férvidos
Su melena escondia,
Como cadáver pálido,
El moribundo sol,
. . . .
El penitente tétrico,
Sobre un risco eminente,
El rostro melancólico,
Inclinada la frente,
Por un inmenso cúmulo
De recuerdos vagó.
. . . .
. . . .
Vió los ricos alcázares
De la gentil Granada,
Y cual su hueste intrépida
Triunfaba, entusiasmada
Con el pendon católico,
Orillas del Genil.
Del combate el estrépito
Y el gran rimbombe oia,
Y las banderas árabes
Á sus plantas veia,
Y su celada fúlgida
Orlada de laurel.....
Se hinchaba su alma mísera
Con la antigua victoria,
Anhelaba frenético

Nuevos dias de gloria,
Y las artes diabólicas
Casi triunfaban de él.....
   Ya mudándose rápida
Aquella vista extensa,
Del borrascoso Atlántico
Ve la llanura inmensa,
Y alzar sus ondas túrgidas
Bramando el aquilon;
   Y cruzar impertérrita
Una nave española
Aquel airado piélago,
Frágil, cascada, sola,
Pero firme, que anímala
El alma de Colon.

. . . .

   Y luégo ve las hórridas
Batallas fabulosas,
De bárbaros sin número
Las huestes espantosas,
Y oye los terroríficos
Atabales que oyó.

. . . .

   Y al fin ve á la gran Méjico,
La reina de Occidente,
La orgullosa, la espléndida,
Humillar la alta frente
Del General hispánico,
Que él ayudó, á los piés.
   Y vése en tan magníficos
Combates el primero,
Y goteando cálida
Sangre su noble acero,
Y aplaudirle los héroes,
Y el mismo Hernan Cortés.

Y la espada fulmínea
Y la lanza echa ménos,
De cañones horrísonos
Ánsia escuchar los truenos
Otra vez, y avergüénzase
De su humilde sayal.

. . . .

Mas el celeste espíritu,
Que, en torno de él volando,
Lo defiende solícito
Del diabólico bando,
Con sus alas angélicas
Le tocaba la faz;
Y en sí tornando, trémulo
Al Señor invocaba,
Y con acerbas lágrimas
Su piedad imploraba
Contra las artes pérfidas
Del infierno tenaz.

¡Qué magnífico cuadro! ¡Qué profundo conocimiento de las veleidades del corazon! ¡Cuán grande y cuán español es el poeta que así sabe imbuir en su mente esa especie de mística cristiana, y levantar al propio tiempo la fantasía á la altura de las gigantescas glorias de aquel siglo de prodigios y de grandeza! *¡Granada! ¡Colon! ¡Hernan Cortés!* El DUQUE DE RIVAS no siente el eco de estos mágicos nombres con la admiracion serena que ha creado el trascurso de los siglos. Su imaginacion poderosa le trasporta á aquellas remotas edades; siente y se enar-

dece y sueña, como lo hacian sin duda los contemporáneos de aquellos sublimes descubridores, y, lo que es más, junta instintivamente como ellos la religion y la gloria en alianza fecunda y venturosa. ¡Cuán claramente se trasluce el poeta de nuestra patria en aquel ángel solícito que, en los momentos de mayor turbacion de ánimo para Garceran, toca su frente con las alas, y de improviso le fortalece y le consuela. Á los poetas de las naciones del Norte les bastaria acaso la expresion directa de los movimientos de un espíritu atribulado; para nuestro poeta, la voz del alma y el influjo de la gracia divina son las alas del ángel. En los pueblos meridionales, la idealidad religiosa nunca parece tan cabal, tan perceptible y tan simpática como cuando se halla revestida de imágenes y de colores.

Del teatro del DUQUE DE RIVAS ¿qué puedo decir en este rápido y somero estudio? No os maraville que, despues de hablar de sus leyendas, me asalte, como por una transicion natural, el recuerdo de sus mejores dramas, *Don Álvaro* y *El Desengaño en un sueño.* ¿Qué son éstos, sino verdaderas leyendas?

Don Álvaro, lanzado como por sorpresa en una sociedad mal preparada todavía á innovaciones extremadas, pareció á muchos una tentativa temeraria,

casi un escándalo literario. En la escena española de 1834 era *Don Álvaro* en realidad una osadía, pero una osadía de ésas que forman época en la historia de las trasformaciones literarias.

España, desde el advenimiento de la casa de Borbon, no habia vuelto á tener literatura verdaderamente española. Exótica inspiracion, mal ingertada en el tronco, aun robusto, de nuestra antigua nacionalidad, no habia producido en él la sávia generosa y libre que hizo brotar en otro tiempo la poesía heróica ó galante, mística ó caballeresca, del pueblo español: nuestros romanceros y nuestro espléndido teatro. Francia, imitadora de España en tiempo de Luis XIII, como ántes lo habia sido de Italia en tiempo de los Médicis, acabó por avasallar todas las literaturas de Europa con la acompasada pero esplendorosa literatura del reinado de Luis XIV. Su influencia en España sacó indudablemente á las letras españolas del abismo en que habian caido con la agonía de la casa de Austria, pero las despojó al propio tiempo de su vitalidad y de su grandeza. Fueron para ellas como aquellos argelinos que salvaban al náufrago para atarlo con las cadenas de la esclavitud.

Los escritores franceses de la *Restauracion* sintieron de lleno la conmocion literaria que habian pro-

ducido los críticos y los poetas de la romántica Alemania. Desnaturalizaron y exageraron, como suele hacerlo la Francia para asimilarlas á su índole peculiar, las ideas nacidas en extrañas tierras. Empezó á admirar sinceramente y á imitar la literatura inglesa, que ántes habia admirado Voltaire como á regaña-dientes, confirmando en realidad el desvío con que era mirada entre los franceses [1]. Los románticos franceses eclipsaron en este siglo, con la inmoralidad cínica y refinada de sus creaciones, aquellas pinturas audaces que, aludiendo á Shakspeare, llamaba el último siglo *monstruosidades británicas*. Una revista inglesa de aquel tiempo, que nunca he olvidado, tal vez porque llegó á mis manos en edad aun temprana[2], se entretuvo donairosamente en formar una estadística criminal de los diez dramas más famosos, y á la sazon más admirados de la escuela romántica francesa[3]. Encierran estos dramas ocho mujeres adúlteras, cinco prostitutas, seis víctimas de la seduccion, cuatro madres enamoradas cada una de ellas de su propio hijo, once amantes de ambos sexos

[1] *Sauvage ivre*, llamaba Voltaire á Shakspeare, tan inmensamente superior á él en el conocimiento del corazon humano.

[2] *Quarterly Review.*

[3] Todos ellos son obra de dos autores eminentes: *Victor Hugo* y *Alejandro Dumas.*

que asesinan al objeto de su ternura, seis bastardos que se ensañan contra la sociedad y la legitimidad del nacimiento, y otras lindezas de tan escabroso linaje que la decencia pública me obliga á callarlas en este respetable recinto. Shakspeare no anda á caza de peripecias de melodrama, que no podrian satisfacerle; los crímenes no constituyen en sus obras la esencia del drama, cifrada siempre en un profundo estudio de caractéres y de pasiones, que son los elementos eternos del arte. ¡Cuán superior á los engreidos reformadores del siglo XIX es, en esta parte trascendental, aquel sublime *bárbaro* del siglo XVI que toca tan de cerca á la rudeza de la edad media!

En este estado de anarquía dogmática y de moral trastorno encontró Saavedra la literatura francesa, cuando se formó su gusto y se maduró su entendimiento. No imagineis que comprendió en aquellos tiempos, en que blasonaba de neófito de la nueva escuela, todo el horror moral que bajo los hechizos del talento se escondia en las obras que absorbian la atencion de la Europa entera. Llamábanse los apóstoles privilegiados *Víctor Hugo*, *Alejandro Dumas*, *Alfred de Vigny*, y aun conservo abundante copia de cartas de nuestro poeta, que prueban cuán

fascinado se hallaba entónces por la novedad, por la fama, por el ingenio, por la extrañeza misma de aquellas obras singulares. Cerca estaba Saavedra de caer en el abismo que se le presentaba con tan seductoras apariencias. Le salvó del riesgo su generoso y nacional instinto. El *Don Álvaro* era sin duda el acto de audacia de quien rompe abiertamente con las doctrinas consagradas; pero este acto de audacia, pasada la primera sorpresa, fué en breve sancionado por la opinion, abriendo campo á la literatura dramática, porque aquello que parecia nacido de impulso extranjero, no era en realidad, merced al sello eminentemente español estampado en aquel drama extraordinario, sino la resurreccion de las verdaderas tradiciones de nuestro teatro en la era de su independencia y de su gloria.

Si algunos de sus *Romances* son en la estructura dechados de sobriedad y de armonía, emanadas siempre de las circunstancias y naturaleza del asunto mismo, que instintivamente siguen y respetan los grandes intérpretes de la musa popular, los dramas del Duque de Rivas, á excepcion de *Solaces de un prisionero*, trasunto feliz y ordenado del espíritu y de las formas de nuestros dramáticos antiguos, carecen en gran parte de aquellas prendas de tan alta

valía. Y, forzoso es confesarlo, el encadenamiento lógico que se advierte en ellos, ántes que fruto de la meditacion, es consecuencia involuntaria, pero no por eso ménos artística, del movimiento adecuado á la idea fundamental de la obra. Plan meditado, estructura sábia y laboriosamente coordinada, estudio prolijo de las condiciones escénicas; circunstancias son éstas en que estriba á veces el éxito de las producciones teatrales, y que suelen ser el principal fundamento de la gloria de algunos autores. Pero otros, que carecen de este don precioso, reciben del cielo, como compensacion sobrada, el de alzar su númen á una altura adonde llegan rara vez los idólatras de las formas convencionales. Son como el águila, que se remonta y gira en la region de las nubes sin rumbo fijo y premeditado, por mero deleite de su altivez, y como gozándose en salir por algunos momentos de la cárcel terrestre. Así eran el Dante y el Ariosto; así era Shakspeare; así tambien los grandes trágicos griegos, que en realidad no ataban su estro poético sino con las cadenas de la verdad, que son los lazos sagrados del arte. Los autores trágicos franceses, enredados en pomposas trabas inventadas por ellos, calumniaban al teatro griego cuando se proclamaban sus imitadores. Pocas cosas hay más

libres, más sencillas, más populares, y por lo mismo más distantes del teatro elegante y ceremonioso de Racine y de Voltaire, que el teatro griego. ¿Cómo, con su compostura y sus atildamientos aristocráticos, habian de atreverse estos escritores á presentar en el teatro de Versalles, ante un público de marqueses melindrosos y perfumados, á *Nausicaa*, princesa de Corcira, lavando la ropa en el rio[1]; á *Ayax delirante*, en medio de un cúmulo de vacas y carneros, que, á guisa de un D. Quijote anticipado, acaba de acometer y degollar, tomando las reses por guerreros griegos[2]; á Hércules, ora coronado de mirto, bebiendo y hablando con intemperancia y escándalo en el palacio de Admeto, donde se están celebrando las honras funerales de su esposa[3], ora, convulso, dando á los espectadores el repugnante cuadro de los agudísimos dolores que le causa la túnica envenenada de Deyanira[4]; ó en fin, por no citar más ejemplos de los innumerables que ofrece la escena griega, á *Filoctétes*, cuyo interés principal estriba en su llaga

[1] Este recuerdo de la llaneza de las costumbres en los tiempos heróicos no se halla solamente en el teatro griego; ya Homero lo habia introducido en la epopeya. (*Odisea*, canto VI.)

[2] *Ayax furioso*, de Sófocles.

[3] *Alcéstes*, de Eurípides.

[4] *Las traquinianas*, de Sófocles.

fétida y asquerosa [1]. Sófocles y Eurípides se atreven á tanto, porque la musa dramática griega se atrevia á cuanto llevaba el sello de la verdad ó la autoridad de la tradicion. Tambien el teatro griego era un teatro de leyendas nacionales, en que la religion y la historia iban envueltas en el velo poético de los siglos.

El DUQUE DE RIVAS pertenece á esta raza de poetas libres y un tanto desmandados. Las leyendas del pueblo español, ya históricas, ya fabulosas, confundidas, ó no, en las sombras de las preocupaciones y de las quimeras populares, eran su inspiracion. Algunos han tachado en el *Don Álvaro* la tendencia *fatalista* que creen ver dominante en la obra. Pastor Diaz, que sinceramente lo admiraba, no titubea en afirmar que «el objeto de este drama es el mismo que »el de la antigua tragedia griega: la fatalidad»; y le juzga, por consiguiente, poco acomodado al espíritu cristiano y á las costumbres y al carácter de nuestro siglo y de nuestra religion. Preguntad al público español que asiste al teatro, desprevenido y ajeno de teorías, y él os responde con su aficion y sus aplausos que ve retratados su honor, su denuedo y sus preocupaciones en los personajes del *Don Álvaro*. Al DUQUE DE RIVAS no le pasó siquiera por las mientes

[1] *Filoctétes*, de Sófocles.

que escribia un segundo *Edipo*, como tantas veces han llamado á *Don Álvaro*.

Habia concebido una especie de leyenda novelesca, adecuada á la pintura de sentimientos apasionados y terribles. La coincidencia y estrecha analogía que se advierte entre muchos de los lances principales de su drama y los de una novela de Mr. Prosper Mérimée, «Les âmes du Purgatoire», publicada en París más de un año ántes de la representacion del *Don Álvaro*, casi no dejan duda de que el DUQUE DE RIVAS recibió de la novela francesa el primer arranque y como el embrion de su obra dramática.

Esta misma novela logró el honroso privilegio de inspirar igualmente otro drama al famoso Alexandre Dumas (*Don Juan de Marana*). Pero esto no quita á los dramas español y francés el mérito de la originalidad, que es en ambos tan grande cuanto cabe en obras literarias. Así el DUQUE DE RIVAS como Dumas toman de Mérimée, entre otras cosas, el pensamiento de emplear la afrenta de una bofetada como único medio de exasperar á un monje hasta el punto de hacerle olvidar la mansedumbre evangélica y pelear con el hermano de la mujer que habia amado; lance que ocurrió en Francia, y segun se cree, en el cercado de la Cartuja de París, donde hoy se

halla el palacio de Luxemburgo, y que el ilustre escritor francés encontró consignado en memorias antiguas [1].

Pero los dos autores dramáticos han tomado de la novela «Les âmes du Purgatoire», como Shakspeare tomaba de las novelas de Giraldi Cynthio, de Bocaccio y de Belleforest, aprovechando los hechos, pero transformándolos, ó modelándolos segun la índole y el alcance de su númen y el carácter peculiar de su tiempo y de su país.

Así es que cada uno de los tres escritores, Mérimée, DUQUE DE RIVAS y Dumas, caminan por sendas diferentes, y en nada se parecen esencialmente en sus obras respectivas ni el enredo, ni las tendencias morales, ni las costumbres, ni los caractéres. Así, por ejemplo, el héroe de la novela es un malvado sin fé, sin afectos, que no teme ni á Dios ni á los hombres: el héroe de Dumas no es un individuo

[1] *Cannes* (Alpes Maritimes), 1.er *Février* 1866.

. . . .

Le duel du moine avec le frère de la femme séduite a été pris par moi dans de vieux mémoires. L'aventure a eu lieu en France, et si je ne me trompe, dans l'enclos des Chartreux à Paris: c'est le Luxembourg actuel. Si j'étais à Paris, je pourrais vous indiquer le nom du livre.

. . . .

(Carta de Mr. Prosper Mérimée al autor del presente Discurso.)

de la familia humana; es un ideal de perversidad impía, un emblema de corrupcion mundana, que, como el *Don Juan Tenorio* de Tirso de Molina y el *Fausto* de Marlowe y de Goethe, pertenece á la categoría de creaciones fantásticas: *Don Álvaro* no es ni el libertino desalmado de Mérimée, ni el personaje emblemático de Dumas, miembros los dos, á pesar de sus diferencias, de la série de *Don Juanes*, que tanto han contribuido á popularizar Molière, Tomas Corneille, Shadwel, Zamora, Mozart y Zorrilla, y cuyo prototipo es *El burlador de Sevilla*, de Tirso, como acaso su gérmen *Dineros son calidad*, de Lope de Vega. *Don Álvaro* es un sér desgraciado y no exento de culpa, que interesa más que aquellos héroes depravados, porque toca más de lleno á la humanidad con sus pasiones y sus remordimientos.

Ayudóse el Duque de Rivas, para hacer la fábula más simpática y popular, de las tradiciones de su tierra natal, como la de la mujer penitente de las cercanías del convento de los Ángeles de Hornachuelos [1]; lo demas lo hicieron su talento y sus instintos

[1] Segun la tradicion histórica, la famosa *mujer penitente* de las cercanías de Hornachuelos fué una señora distinguida de la córte de los Reyes Católicos, la cual, un año despues que éstos visitaron el convento de Santa María de los Ángeles, esto es, en 1495, se retiró á una gruta, en aquel lugar desierto, para consagrarse á la vida ascética y penitente. Algunos

españoles. Llamó tambien el autor á su drama *La fuerza del sino*, y esto ha contribuido á que se interprete su objeto erradamente. Este *sino* del pueblo

años despues fué casualmente descubierta por Fray Juan de Síles, que desde entónces fué su director espíritual, hasta su muerte, acaecida en 1505. (Veáse la *Crónica* de Fray Juan de Guadalupe.)

Una obra dramática del siglo XVII (*El escándalo del mundo, y prodigio del desierto*, Coloquio de la mujer famosa, en tres actos, por D. Fernando Pedrique del Monte, natural de la Puebla de los Ángeles, de la Órden tercera de N. S. P. San Francisco.—Por Andrés Carrillo; Córdoba, 1674) presenta á la *mujer penitente* con muy distinto carácter. Segun este *Coloquio*, que es una leyenda simbólica, arreglada al antojo del autor, la mujer penitente no era dama de la córte, sino una mujer codiciosa y liviana, llamada Aurora, que, durante su vida desenfrenada y llena de criminales aventuras, que causan la muerte á más de veinte galanes, sabe que los Reyes Católicos han formado el propósito de ir á visitar el convento de los Ángeles despues de la conquista de Granada, y resuelve ir tambien allá, no movida por fervorosa devocion, sino por creer propicia la ocasion para sus profanos designios. Ella misma lo dice:

Veré de nuestros Reyes la grandeza,
Del sitio la aspereza;
Y, en fin, lucir espero
Entre tanto señor y caballero.....

Pero apénas llega Aurora á la montaña de los Ángeles, siente cierto embeleso misterioso al aspecto de aquellas alturas escarpadas. Hasta entónces habia tenido eco en su corazon el esplendor de las selvas y de los montes. Sorprendida y cautivada, exclama:

¡Que aquí la naturaleza,
Entre estos riscos gigantes,
Labre de flores fragantes
Tan peregrina belleza!

Crece en su alma la divina influencia. Quiere entrar en la iglesia del monasterio, y hacen vanos esfuerzos para disuadirla de ello su doncella la

español, esta preocupacion del hado, de la fortuna, de la suerte, del acaso, que asoma en todos los pueblos y en todas las edades, no es siempre la *fatalidad* de la tragedia griega. No era esta *fatalidad* mera preocupacion de las gentes; era dogma religioso, aterradora y sagrada creencia. Pacheco, sin explanar su idea, no llamó, como otros, *Edipo* á secas á *Don Álvaro;* lo llamó *verdadero Edipo de la musa católica;* y aunque á primera vista forman extraña alianza lo pagano de Edipo y lo cristiano

Vanidad, su criado el *Engaño*, y Luzbel, que toma la figura de Cárlos, su amante, el cual se halla en Flándes, huyendo de la justicia por haber dado muerte á Eusebio, otro galan de la mujer liviana.

La conversion repentina de Aurora es completa. Vende sus bienes, y se retira á aquellas desiertas asperezas para darse allí á la contemplacion y á la penitencia. El Padre Síles la encuentra en ellas, y la asiste, admirando su maravillosa fortaleza. Un dia, al ir á verla desde el monasterio, la encuentra muerta, de rodillas, estrechando sobre el corazon la sagrada imágen de Cristo, y prorumpe así, con la entonacion conceptuosa de aquel tiempo, en un arranque de entusiasmo cristiano:

¡Raro prodigio! escalando
La vaga region del viento,
Cercada de serafines,
Camina á pisar luceros.
¡Mujer venturosa! sube
De eternas dichas al centro.....
. . . .
Sube á lograr de tus triunfos,
Laureles de luz eternos,
No los caducos, que muerde
La sorda lima del tiempo...
. . . .
. . . .

de la musa católica, la calificacion de Pacheco encierra, si bien en forma enigmática, la esencia de esta explicacion. El Edipo de la musa griega era el símbolo de la predestinacion, sin culpa, sin remedio, sin esperanza, que convertia al inocente en víctima de un dios injusto é implacable. El Edipo de la musa cristiana representa una idea muy diversa: es el *acaso*, que interviene en las cosas humanas sin contrariar las leyes providenciales, sin poner estorbo al libre albedrío. Don Álvaro, el Edipo cristiano, superficialmente considerado, puede parecer, como ha parecido en efecto á hombres de entendimiento privilegiado, el azote involuntario de una familia entera, el juguete de la fatalidad. Mirad más á fondo, y veréis luégo que Don Álvaro no es inocente, y que no lo arrastra fatalmente á la desventura una potestad terrible y misteriosa. Don Álvaro ha arrebatado á Leonor del hogar paterno, violando la moral, el honor y las leyes; Don Álvaro en la vida penitente no ha alcanzado á sacudir de su alma los ímpetus del orgullo mundano, y, extremadas ó no, todas las desgracias que le sobrevienen son consecuencias de sus pasiones y de su delito. La muerte violenta del padre, la de los hermanos de Leonor, y la de Leonor misma, emanan más ó ménos

inmediatamente de la conducta de Don Álvaro, y si la casualidad contribuye á formar aquella cadena de sangrientos sucesos, no lo hace sino ayudando á la mano vengadora de la Providencia. Ved cómo, bien entendida la idea fundamental del drama, la expiacion de Don Álvaro, aunque parezca dura y desproporcionada por su misma exageracion de leyenda, nada tiene en su esencia del espíritu del paganismo, y no es en realidad sino una leccion tremenda de la moral cristiana.

Pero ¿qué importa á nuestro poeta, inspirado por nacional instinto, este análisis que él nunca hizo? ¿Qué le importa tampoco que la unidad del drama consista exclusivamente en la ilacion natural de la infausta vida de Don Álvaro, y que haya escenas enteras, como las dos primeras de la jornada segunda, casi absolutamente consagradas á un cuadro de costumbres, sin el cual sería idéntica la marcha sustancial de la fábula? Lo que le importa es referir, con las galas espléndidas de la poesía andaluza, las tradiciones y consejas que tal vez oyó en Córdoba en los tiempos inolvidables de la infancia; lo que le conmueve y le inspira es la pintura de lo que su patria siente y cree.

Aunque temo prolongar demasiado este Discurso,

algo he de deciros de *El desengaño en un sueño*, que es en realidad, ántes que un drama, una magnífica leyenda fantástica. Un mágico anciano vive con su hijo en un islote desierto. El jóven conoce sólo el mundo por los libros de su padre, que le ofrecen á cada paso la imágen de la sociedad humana, con sus vaivenes y sus glorias. Impetuoso y exaltado, no puede resignarse á vivir como un salvaje, vestido de pieles, en una miserable gruta, y condenado á no gozar jamas de las dulzuras del trato humano. Intenta arrojarse al mar para acabar de una vez con la desesperacion que destroza su alma. El mágico Marcolan, con el designio de calmar el violento anhelo del mancebo, le sujeta al imperio de sus conjuros, y le hace experimentar en un ensueño las amargas consecuencias que acarrean el torrente de las pasiones desencadenadas y la satisfaccion de todos los deseos. Sigue el jóven, sin freno y sin medida, la peligrosa escala de todos los deleites humanos, y encuentra al lado del amor los celos y el hastío, al lado de la opulencia la envidia, al lado del poder la traicion, al lado de la ambicion la ingratitud y el crímen.

Esta obra es la que tiene carácter más universal entre todas las del DUQUE DE RIVAS. Escrita en Sevilla, y por un ingenio tan accesible á las impresio-

nes locales, respira sin embargo cierto espíritu de generalidad y de grandeza que pertenece á todos los tiempos y á todas las naciones. *El desengaño en un sueño*, con ser su entonacion calderoniana, no está léjos de la inspiracion septentrional, y no desdeciria, por cierto, entre las mejores producciones de Goethe y de Lord Byron.

Difícil sería determinar cuál fué en la mente del poeta el influjo despertador de esta inspiracion filosófica, que no era habitual en su númen. Él mismo lo ignoraba. La poética idea de dar una leccion moral por medio de un sueño dirigido por influencia mágica, nació sin duda en el Oriente, tan dado á cultivar la fantasía. Todos sabeis que, propagada en Europa desde la edad media, se halla esta idea en la historia de D. Illan el nigromántico, de *El Conde Lucanor* (1345); historia que se ha encontrado igualmente en varios autores franceses y en cuatro ingleses; y que la misma idea está aprovechada con diferentes formas en *La prueba de las promesas*, de Alarcon; en *Don Juan de Espina*, de Cañizares; en *El sueño vida*, (*Der Traum ein Leben*), del aleman Grillparzer, y en várias otras obras, sin excluir una zarzuela de muchos conocida.

Tambien es cierto que la gruta del mágico Mar-

colan y su desierto islote, y su imperio sobre los espíritus, recuerdan la gruta y la isla desierta, y la influencia mágica del encantador Próspero, de Shakspeare [1]. Pero estas afinidades no pasan de la forma. *La Tempestad*, del gran poeta inglés, es una alegoría dramática tan personal, que no falta quien crea ver clarísimamente en *Próspero* al mismo Shakspeare; en *Ariel* á su genio; en *Caliban* á las pasiones viles pero poderosas de la sociedad humana, que le habian causado siempre amargura y escándalo; en *Miranda* á los instintos elevados, puros y generosos que iluminaban y ennoblecian su alma. Así en el drama inglés como en el drama español, cuadro de la insaciabilidad humana, están en juego el amor, la virtud, la ambicion, la rebelion, la perfidia, las grandes pasiones que animan, quebrantan ó robustecen los Estados. Pero de muy diferente manera y con trama y disposicion muy distinta. Los móviles del tumulto humano son en Shakspeare esencialmente alegóricos y *subjetivos;* en el Duque de Rivas la alegoría y el sueño fantástico se olvidan pronto ante la realidad de los afectos y del movimiento de la vida humana, y ademas el pensamiento es absolutamente *objetivo* y universal.

[1] En el drama *La Tempestad*.

En un punto se encuentran los dos poetas, en la pintura de dos mujeres admirables: *Zora* y *Miranda*, emblemas ambas de la ternura y de la pureza moral. *Zora*, del poeta español, es áun más bella que *Miranda*, porque se paga ménos de las seducciones externas. *Zora*, irrevocablemente fiel, dulce y apacible como los ángeles, desinteresada hasta el punto de desdeñar lo que puede alimentar las vanidades femeniles; que cifra en un sentimiento único el mundo, la felicidad y la vida, es una creacion ideal, comparable con las de los más esclarecidos poetas; creacion que deleita y consuela, y lleva el pensamiento al cielo, porque ¿dónde está el modelo de *Zora* en este mundo que habitamos?

Quien notase que es insensato el empeño de Marcolan de que su hijo viva dichoso con la vida solitaria, miserable y estéril de un islote desierto, donde, aplicando la expresion burlesca de un personaje de *La Tempestad*, de Shakspeare, «todo abunda, excepto los medios de vivir», pensaria sin duda segun las reglas comunes de la lógica, pero desconoceria totalmente adónde alcanzan los fueros de los poetas en las obras de imaginacion. ¿Á quién ha ocurrido jamas censurar á Calderon por la supersticion y la crueldad con que en *La vida es sueño* condena el

Rey de Polonia á vivir por siempre encarcelado y sin trato humano á su hijo Segismundo? Los grandes poetas no piensan, ni escriben, ni sienten exactamente como los filósofos. No necesitan buscar la razon lógica y analítica de las cosas; bástales pintar fielmente el cuadro de los afectos y de los sentimientos humanos, y en este cuadro vário é infinito del alma hay una filosofía no inferior á la de aquellos que buscan su esencia en meras abstracciones. Permitidme que os presente un ejemplo de esa diferencia de que os hablo, entre la filosofía del filósofo y la filosofía del poeta. Pascal y Fray Luis de Leon, dos almas tan pródigamente dotadas por la mano divina, experimentan una impresion bien diferente al contemplar el cielo en una noche serena. Pascal exclama: *Me asusta el silencio eterno de esos espacios infinitos*. Fray Luis de Leon mira con delicioso arrobamiento aquel

Templo de claridad y de hermosura,
De innumerables luces adornado.

La extática contemplacion no inquieta su espíritu. Para él,

Allí vive el contento,
Allí reina la paz, allí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.

Ambos tienen razon, ambos muestran un aspecto verdadero, aunque distinto, del alma humana. Pascal, con el orgullo del filósofo, se desasosiega ante un misterio que su ambicioso entendimiento no alcanza á penetrar. Fray Luis de Leon, con la humildad del poeta cristiano, acata el misterio y se deleita en su grandeza.

No daria cabal cumplimiento á mi propósito ni á la honrosa mision que me ha encomendado la Academia, si, despues de haber examinado literariamente la índole de algunas de las principales obras del DUQUE DE RIVAS, no os hablase tambien, siquiera sea breve y livianamente, de algunas prendas distintivas de su carácter. No ignorais que el conocimiento del hombre completa el conocimiento del poeta.

Su país fué siempre su amor, su norte y el impulso secreto de las principales acciones de su vida. Pocos ejemplos hay, en nuestro tiempo, en que aparezca más patente la absoluta consonancia del hombre y de la patria. Recordad las grandes vicisitudes de su vida; y veréis que son la consecuencia y como el reflejo de las grandes vicisitudes de la nacion. Le sorprende en los albores de la juventud una invasion francesa, y Ángel de Saavedra, mozo de diez y ocho años, miembro de la alta nobleza española, empuña

las armas y es mortalmente herido en el campo de batalla, contento y orgulloso de poder contribuir con su sangre á sacudir el yugo extranjero. Más adelante, cuando no hacen falta los soldados en los campamentos, sino los campeones de los principios constitucionales en las asambleas públicas, el mozo ilustre por su cuna, y rodeado por sus talentos de una aureola de gloriosa esperanza, pugna y se afana por cimentar la libertad política. Sus ilusiones, su inexperiencia, sus preocupaciones y hasta sus extravíos son las ilusiones, la inexperiencia y los extravíos de la nacion. Y cuando llegan los tristes tiempos del despotismo, y con ellos las amargas horas de la emigracion, Saavedra vive oscuro y pobre en Lóndres, en Malta, en París, en Tours; ejerce alguna vez la noble profesion de la pintura, no como recreo del aficionado, sino como refugio del menesteroso, y se honra con ello, porque así puede conservar intacta la independencia de sus principios, y no volver á su patria, que ama con todo su corazon, hasta que pueda respirar en ella el aire de la libertad. Ya en el seno de su patria y en los altos puestos á que le llamaban sus merecimientos y sus sacrificios, no cambiaron sus tendencias liberales. Hizo cuanto estuvo á su alcance por el sostenimiento del trono constitucional, pero

fué más cauto y más circunspecto que en los primeros años de la juventud. El tiempo no habia pasado en balde. Saavedra y la nacion habian aprendido simultáneamente, en la terrible escuela de nuestros infortunios y de nuestras turbulencias políticas, que la libertad y el órden no pueden andar separados, que son absolutamente la misma cosa en los países constitucionales, y que cuando falta el órden, como es la esencia de la libertad, ésta queda reducida á un vano nombre ó á una máscara de la anarquía.

Ni la cultura de sus hábitos, que, por el impulso de las costumbres aristocráticas, eran más europeos que peculiarmente españoles, ni sus viajes, ni su dilatada residencia en países extranjeros, ni el imperio de las modas exóticas que á tantos avasalla, ni otro móvil alguno de aquellos que en almas ménos españolas infunden tibieza ó desvío del fervor de la patria, fueron parte en circunstancia alguna para que se apagase una sola chispa del amor fervoroso que el Duque de Rivas profesaba á esta noble tierra en que habia nacido.

¡Cuántas veces, há ya muchos años, embebido el ánimo en tristes pero sabrosas pláticas familiares; fijando el pensamiento en las públicas desventuras; recordando con pena la transformacion moral y so-

cial de nuestra nacion, el decaimiento de aquella severa hidalguía que nos hizo en otro tiempo dechado de pueblos nobles y levantados, y la importacion artificial de ideas extranjeras que han estragado ó empobrecido la sávia pura y fecunda de nuestra nacionalidad generosa, solia decirme, paliando con su genial donaire la triste verdad del pensamiento: *Desengáñate; aquí nada hay ya bueno más que las mujeres y los soldados.* Pero en estos mismos arranques de misantropía patriótica, que acababan siempre por tomar en sus labios la forma de su peculiar agudeza, se traslucia que amaba á su patria como aman los verdaderos amantes el objeto de su ternura; esto es, sin restriccion alguna, ó como dice Molière con su elegante naturalidad:

C'est ainsi qu'un amant dont l'ardeur est extrême,
Aime jusqu'aux défauts des personnes qu'il aime [1].

El Duque de Rivas hallaba involuntariamente cierto hechizo hasta en los defectos de nuestras costumbres. Un ejemplo teneis de ello en aquel cuadro misterioso y sombrío de la noche que pasa un viajero descaminado entre bandidos apadrinados por el *Ventero*; cuadro publicado en *Los españoles pintados*

[1] *Le Misanthrope*, acto II.

por sí mismos. Cierto que está muy distante de aprobar las duras ó criminales costumbres que describe, pero su imaginacion de poeta se identifica de tal modo con ellas, que al pintarlas encuentra sólo el lado novelesco, poético ó pintoresco que á veces suelen tener las preocupaciones y hasta los delitos populares. Este dón de prestar interés y belleza hasta á aquello que condenan la razon y las leyes, y esta facultad de asimilacion popular, constituian la fuerza principal de Walter Scott, uno de los hombres de mayor instinto épico de nuestros tiempos, y con el cual tiene en esta parte el poeta español grandes puntos de semejanza.

Donde más resalta el carácter español de la poesía del DUQUE DE RIVAS es en la pintura de los sentimientos morales. Allí campean el espíritu osado, grande, religioso y tenaz de nuestra nacion, y muy especialmente los arranques de honor y lealtad de los caballeros españoles. No os hablaré de aquel arrogante Perez de Aldana, el Almirante de Aragon, que va á París á vengarse del pisoton involuntario que le dió el Duque de Normandía en la iglesia de Monserrate. No me detendré tampoco al recordaros al noble D. Alonso de Córdoba, que, en el momento de trabarse la batalla, se desposa en el campamento

ante el Marqués de Pescara, porque abriga remordimientos, y siente que la turbacion de la conciencia es rémora de su belicoso ardimiento. Pero ¿cómo no parar la atencion en el brioso y magistral carácter que contiene el romance *Un Castellano leal?* El Duque de Benavente, aquel implacable anciano, que cree llevar ventaja al Duque y Condestable de Borbon, no sólo porque nunca manchó la traicion su noble sangre, sido ademas por *haber nacido español;* que desprecia el Toison por ser órden extranjera; y que obligado por Cárlos V á dar hospedaje en su palacio de Toledo al Condestable francés, manda incendiar despues el palacio, con todas cuantas riquezas encierra, para que el fuego purifique sus blasones, contaminados con la presencia de un hombre desleal á su rey y á su patria, es el emblema más expresivo del recio temple, del honor asombradizo, de la altivez nacional, de la lealtad á todo trance del antiguo pueblo castellano, que no transige con los traidores, por más que, cual el intrépido Duque de Borbon, se le presenten como amigos y como auxiliares.

El Duque de Rivas, eco de los sentimientos del pueblo español, no perdona ocasion de lanzar los anatemas del desprecio sobre esos ejemplos famosos

de deslealtad. El Condestable de Borbon, brillante adalid de las huestes de Cárlos V en Pavía, como ántes lo habia sido de las de su señor natural el Rey Francisco de Francia en Marignano, es una figura antipática que no perdona jamas la musa castellana de nuestro poeta. En la *Victoria de Pavía* no malogra la ocasion de hacer resaltar el efecto moral que produce la repugnancia que causa en el noble ánimo del Rey Francisco la presencia del Condestable desleal. Los ilustres caudillos españoles dan ejemplo á los soldados,

> Enseñándoles, valientes,
> Á que respeten y acaten
> Á la majestad augusta,
> Que, aunque vencida, es muy grande.....

Francisco Primero los recibe con la afabilidad propia de aquel monarca-caballero;

> Y el consuelo se divisa,
> En su abatido semblante,
> De verse entre caballeros
> Que tratar con reyes saben.
> Mas imprevisto accidente
> Vino de nuevo á alterarle,
> Y á hacer más terrible y duro
> Su destino deplorable.
> De Borbon el Duque altivo
> ¡Desacato repugnante!

Á su rey vencido quiere
Sin reparo presentarse.
¿Y cómo? manchado todo
Con propia francesa sangre,
De un valor mal empleado
Haciendo insolente alarde.....
. . . .
. . . .
La mano el Duque le toma
De rodillas; arrogante
La retira el Rey. El Duque
Tiene la audacia de hablarle,
Y el Monarca, levantando
Los ojos como volcanes
Al cielo, en voz alta dice:
«¡Santo Dios, paciencia dadme!»

No puedo dejar de señalaros, por último, el rasgo de emocion patriótica que brota del alma del poeta, al recordar que tuvo que escoltar la espada de Francisco Primero, cuando fué arrancada de España por las huestes de Napoleon:

Ya cautivo el Rey de Francia,
Vino á Madrid, y habitó
La torre de los Lujanes
Con Hernando de Alarcon.
En la plaza de la Villa
Áun dora esta torre el sol,
Coronada de recuerdos
Que el tiempo no borra, no.
De ella, al cabo, el Rey Francisco
Rescatándose, tornó

Á ocupar el rico trono
De la francesa nacion.
Pero su rendida espada,
Prenda de insigne valor,
Testigo eterno de un triunfo
Que el orbe todo admiró,
En nuestra régia Armería
Trescientos años brilló,
De los franceses desdoro,
De nuestras glorias blason.
. . . .
Harto indignado, aunque jóven,
Esta espada escolté yo,
Cuando á Murat la entregaron
En infame procesion.
Pero si llevó la espada,
La gloria eterna quedó,
Más durable que en acero,
De la alta fama en la voz.
Y en vez de tal prenda, España
Supo añadir, vive Dios,
Al gran nombre de *Pavía*,
El de *Bailén*, que es mayor.

¿Qué necesidad tengo de deciros que ése es el noble espíritu de la poesía popular de nuestro país? ¡Harto claro os lo dice vuestro corazon de españoles!

Este amor á la patria, alma de las obras del Duque de Rivas, era tan intenso, tan duradero, tan inseparable de su sér, que así le alienta cuando vive en las zozobras de la proscripcion, como cuando

goza, en tierra extraña, de los halagos de próspera y brillante fortuna.

El alto cargo de Embajador de S. M. en la córte de Nápoles puso el colmo á sus deseos. Aquel país cuadraba de un modo cabal á sus hábitos, á sus instintos y áun á sus ilusiones de poeta. Asomaba en todo su índole meridional, y sentia aversion á los climas helados y brumosos del Norte. Para él no habia cielos bastante diáfanos ni climas sobrado ardorosos. Nápoles le parecia la misma seductora Parténope de los romanos sibaritas. Allí encontró, como en su inolvidable Andalucía, luz y calor en el cielo, y en la tierra afecto y alegría. Granjeáronle la estimacion general su claro ingenio, su afable condicion, y su amenidad genial, que nunca se vió embargada ni por la gravedad de los cargos ni por la etiqueta de las córtes. Allí, en comunicacion contínua con el Duque de Lavello, con Campagna, con Spinelli, con Volpiccella y con otros eruditos, poetas y artistas, sereno y embelesado el ánimo con la dulce paz en que vivia, escribió, ademas de notables poesías líricas, y de la animada y pintoresca descripcion de sus viajes al Vesubio y á las ruinas de Pesto, la magnífica leyenda *La Azucena milagrosa*, y el bellísimo estudio de la sublevacion de *Masanielo*, en el cual,

no dejándose llevar de los arrebatos del poeta, examinó los hechos y los caractéres con imparcialidad, con órden y con tino, y demostró altas prendas de historiador ameno y elocuente. Tambien el cultivo de las bellas artes ennobleció los años de dulce solaz que pasó el DUQUE en aquel país privilegiado. La pintura habia sido siempre su principal recreo. Allí, bajo el cielo inspirador de Italia, pintó una *Judit*, que, por el colorido, por la verdad, por la entonacion y por la gracia de la actitud, traspasa en verdad los límites de una estimable medianía, sobre la cual no alcanzó á levantarse en los demas cuadros que pintó en Nápoles.

Dos cosas únicamente anublaban algun tanto aquel cielo de felicidad. Una, la ausencia de su familia, ausencia que mantenia siempre un vacío profundo en el fondo de su corazon. Este sinsabor brota á cada paso en sus versos líricos y hasta en sus leyendas. ¿No recordais el tierno apóstrofe á Sevilla, con que empieza la segunda parte de *La Azucena milagrosa?* En él se hallan estos versos, llenos como siempre del amor local y de la ilusion de la familia:

En tí pasé mi juventud florida,
Y el balsámico ambiente de que gozas
Me restauró la sangre, que en los campos,
Por mi patria y mi rey, vertí con honra.

. . . .
. . . .

En Nápoles, en fin, la que en el mundo
Tanto renombre esclarecido goza,
A tí, tan sólo á tí tengo delante,
Y en tí, grata ilusion, mi mente mora.
Y miro alzarse tu Giralda esbelta
Entre vapores de color de rosa,
Y oigo la voz de sus sonoros bronces,
Que retumba en los montes de Carmona;
Y que estrecho á mi seno, me figuro,
Las dulces prendas, que, de mí remotas,
Allá anhelan tan sólo mis noticias,
Y sin cesar me llaman y me nombran.

El otro de los sinsabores á que aludo, es el que le causaba no oir resonar continuamente en su oido el noble y armonioso idioma de la patria. A esta privacion no podia acostumbrarse. Cualquiera lengua extranjera, hasta la dulcísima y eufónica de Italia, le inspiraba aversion, y algunas provocaban de su parte festivos sarcasmos, que rayaban en intolerancia casi infantil. Bien claramente expresa el poeta esta impresion en la siguiente estrofa de una poesía escrita en Nápoles, ciudad que tanto cautivaba su ánimo:

¡Ay, encantos! jamás habrá bastantes,
Ni circes, ni sirenas
Que consuelen mis penas,
Donde no suena el habla de Cervántes.

Y ya que os hablo de sus solaces literarios de Nápoles, consentid que ceda á la tentacion de recordar aquí ciertos versos del Duque de Rivas, que no se han dado ni se darán nunca á la estampa, á pesar de que rebosa en ellos viva y gallarda inspiracion. Mantuvo conmigo, durante muchos años, hallándonos ambos en diferentes misiones diplomáticas, una correspondencia en verso, escrita, por decirlo así, á rienda suelta, sin aquellos esmeros y miramientos que requiere cuanto previamente se destina á la imprenta. Una sola de las cartas de esta correspondencia poética se atrevió á incluir el Duque de Rivas en la coleccion de sus *Obras completas*. Las demas quedaron y quedarán inéditas, porque llega en ellas el jovial desenfado y el familiar donaire adonde nunca pueden alcanzar los fueros de la publicidad. Os quiero citar breves pasajes, porque sé que me perdonaréis la digresion en gracia del objeto.

Cual suele acontecer en los parajes adonde se llega con ánimo muy favorablemente prevenido por fantásticas ilusiones, no recibió el Duque de Rivas al abordar á Nápoles, aquella sensacion de admiracion y de embeleso que él, en sus cavilaciones de poeta, iba forjando en la navegacion. En balde, al entrar en el mágico golfo, se presentaron á su vista tantas

grandezas de la naturaleza, y á su memoria tantos espléndidos recuerdos. Ni la poética isla de Capri, *llave del golfo;* ni la *corona del Vesubio;* ni el *mar de las Sirenas;* ni las lomas del Vómero y de Posílipo, *el monte de las Flores;* ni las risueñas laderas de Sorrento y Castelamare; ni el aspecto de la veneranda Parténope, á la cual vió más adelante,

Como dormida beldad,
En un lecho de esmeralda;

nada bastó á despertar el entusiasmo del poeta. Todo le pareció insulso y descolorido. Hé aquí la triste pintura que, con ponderacion andaluza y entre jovial y desabrido, hace de Nápoles, bajo el imperio de las primeras impresiones. (Yo me hallaba á la sazon en Lisboa.)

Más fácil me es en verso que no en prosa,
Y en verso has de saber mis aventuras,
Que así corre mi pluma más gustosa.
Ya una carta repleta de locuras
Te dirigí despues de mi llegada,
Y no estarás sobre mi suerte á oscuras.
. . . .
. . . .

Despues de expresar sériamente algunas ideas relativas á los asuntos públicos de nuestras respectivas

misiones, adopta de repente el tono chancero y continúa así:

Hoy la formalidad odio de muerte,
Y hablar de diplomáticas materias
Fuera molerme yo, fuera molerte.
Démos de mano, pues, á cosas sérias,
Tratemos cosas que los hombres graves
Suelen llamar locuras y miserias;
Cosas que, como tú, Leopoldo, sabes,
Al cabo siempre son más divertidas,
Y encierran el fastidio con cien llaves.
Estoy desesperado, pues fallidas
Todas las esperanzas me han salido
Sobre esta tierra allende concebidas.
Y en llegando á Madrid, su merecido
He de dar á la turba charlatana
De tanto embaucador y fementido,
Que, como acordarás, por la mañana
Nos tuvieron con tanta boca abierta,
Y de venir aquí dándonos gana.
«No hay region en el orbe descubierta
»Cual Nápoles», decian..... (¡Embusteros!
No volverán á atravesar mi puerta.)
«¡Qué clima! ¡qué placeres! Los eneros
»Son cual los mayos son de Andalucía;
»Las mujeres, palomas y corderos.
»Sólo en gozar se piensa noche y dia,
»Y galanes y damas con sus prendas
»Os halagan y azuzan á porfía.....
»Y todo ¡qué barato! Por las tiendas
»Os meterán las cosas por los ojos;
»Los palacios por nada los arriendas.....
»Allí producen flores los abrojos,
»Y en banquetes, teatros y funciones,

»No hay nunca pesadumbres, nunca enojos.»
  Pues todo era mentiras é invenciones;
Que es Nápoles país abominable,
Y el peor que hay desde el Sur á los Trïones.
  El clima, caro hermano, es detestable,
Ni un solo dia he visto el cielo puro,
Ni un momento de sol claro y estable.
  Sopla continuamente el viento duro,
Llueve dos ó tres veces cada dia;
Si no te abrigas, toses de seguro.
  Hoy, primero de Abril, de nieve fria
Están cubiertos los vecinos montes,
Y el mar montes de espuma al cielo envia.
  Ni un árbol solo en estos horizontes
Descubrirás con hojas verdeantes,
Aunque á las altas cumbres te remontes.
  Ni flores matizadas y odorantes
Hallarás en los parques y jardines,
Ni sin gaban ó capa paseantes.....
  ¡Cómo estarán de nardos y jazmines,
A estas horas, poblados los paseos
Que adornan de Sevilla los confines!.....
  Y en cuanto á los placeres, devaneos
Eran las relaciones mentirosas
De aquellos visionarios corifeos.

. . . .

. . . .

  Pues el llamar á Nápoles barato
Es burlarse, Leopoldo, de la gente,
Y contra la verdad gran desacato.
  Nápoles es tan caro cabalmente
Como Madrid, como París, y hay cosas
Más baratas en Lóndres la insolente.
  La casa (por si tú dudarlo osas)
En que vivo, me cuesta dos mil duros,

Y no es por cierto de las más hermosas.
  Los teatros malísimos y oscuros
Son, y el mismo *San Cárlos* afamado,
Sucio y desierto, aunque de ricos muros.
  La ciudad es muy triste; y nuestro *Prado*
Vale cien veces más que estos paseos,
De concurrencia faltos y de agrado.
  Sólo una calle hay buena, y son muy feos
Los oscuros y sucios callejones
Que á ella salen despues de mil rodeos.
  Ni en ellas, ni en las tiendas y balcones
Se ven jamas mujeres; retiradas
De sus casas están en los rincones.
  La miseria y el hambre retratadas
Están en los semblantes de esta gente.....
Las artes y las letras olvidadas.
  No hay un solo pintor que te contente,
Nunca ves un poeta, un literato;
No hay ricas bibliotecas finalmente.....
  Yo tomára, Leopoldo, de barato
Cruzar con los *poyáes de San Bento* [1],
Y contigo charlar por un buen rato.
  Y el Vesubio te diera muy contento
Por *Belem* y por *Cintra* y por *Ayuda*,
Y por viajar de *Mafra* hácia el convento [2].....
  No mi estrella feliz, no; la sañuda
Suerte sólo á esta tierra me ha traido,
Donde nació de *Pórtici la Muda*.

. . . .
. . . .

Ya veis que el DUQUE DE RIVAS escribia cartas

[1] Calle de Lisboa, cuyo nombre parecia extraño al DUQUE DE RIVAS.

[2] *Belem*, barrio de Lisboa. En él está el suntuoso monasterio de Je-

en tercetos[1] con más soltura y facilidad que otros las escriben en prosa.

Y ¿sabeis por qué este cúmulo de imprecaciones y lamentos? Porque al llegar á Nápoles, la estacion era lluviosa y fria, y el cielo estaba triste y encapotado. No os maravilleis : ésa suele ser la índole del verdadero poeta. La ilusion pende de un cabello, y ese espíritu móvil y antojadizo, que todo lo extrema y hace ver las cosas segun la impresion casual del momento, es achaque inherente á la facultad de emocion viva y poderosa que en almas poéticas es fuente de la creacion y del entusiasmo.

Trascurren algunos meses nada más, y el cuadro sombrío se convierte en cuadro encantador. Recobra la naturaleza su hechizo, la sociedad docta ó aristocrática le halaga y le festeja, la vida culta y sibarítica le recrea, y olvida el poeta la primera impresion. Con risueños colores pinta entónces á Nápoles en

rónimos, en frente del cual se embarcó Vasco de Gama al emprender su inmortal expedicion.

Cintra, delicioso Sitio Real de Portugal, cantado por Lord Byron y por Almeida-Garrett.

Ayuda (Ajuda), palacio magnífico de los reyes de Portugal.

Mafra, palacio y monasterio de gigantescas dimensiones, á algunas leguas de Lisboa; imitacion del Escorial.

[1] Esta carta, la segunda de esta correspondencia, tiene la fecha de 2 de Abril de 1844.

otra de las epístolas familiares; sube de punto en ella el tono chancero y alegre, y sólo me atrevo á copiar muy pocos versos:

. . . .

Nuevo Caïn de Sevilla,
Que así á este Abel acogotas
Con olvido y con silencio,
En vez de quijada ó porra,
Vuelve esos ojos de fiera,
Ánima precita y torva,
Al hermano que vegeta
En la moderna Sodoma.

. . . .

. . . .

Vuélvelos; toma esa pluma,
Con que papel emborronas,
Ya bosquejando despachos,
Ya chapurreando notas;
Y dáme en cuatro renglones
Cuenta, al fin, de tu persona;
Que, para darte el ejemplo,
Magnanimidad no corta,
Yo te daré de mí mismo
Exacta y cumplida historia:
Sigo bueno y en la holganza,
Y en la vida regalona....

. . . .

. . . .

Tengo una soberbia casa
Con jardin, que á la mar toca,
Junto al público paseo
Que *Villa-Reale* nombran.

Tengo un químico excelente
Que estudió y ganó la borla
En el *Café de París*,
De cocineros Sorbona;
Y con ayudante y pinche,
Tambien de Francia, elabora
Divinas quintas esencias,
Que dieran vida á una momia.
Tengo una espaciosa cava
Donde cuerpo nuevo toman
El Jerez, el Manzanilla,
El Burdeos, el Borgoña,
El Johannisberg, el Marsala,
El Chipre, el espeso Rota
Y el sabroso Siracusa,
No como lo usó la Borgia.
Cuatro alemanes caballos,
Tusones de crin y cola,
Una linda carretela
Arrastran sobre estas losas;
Y en ella repantigada
Se columpia mi persona,
Recibiendo reverencias,
Que yo devuelvo con sorna.
. . . .
. . . .
No hay un momento de tédio,
No hay ni un rato de zozobra.
Así se pasan los dias,
Así se pasan las horas;
¡Ay, que ésta es vida beata!
¡Ay, que es estar en la gloria!
. . . .
. . . .
Aquí el romance retozon llegaba,

Cuando vino á mis manos tu misiva,
Que el negro crímen de tu olvido lava.
  Y al verla cariñosa y expresiva,
Y de tan dulces cláusulas repleta,
Se me cayó la baba ó la saliva.
  Y eché mano á otra pluma más discreta,
Y más pura tambien, para escribirte
Sin las locuras de mi musa inquieta
. . . .
. . . .

En contestacion á esta carta y á otras suyas semejantes, con el fin de ponerlo en apuro y provocar una contestacion festiva, le hice yo notar la volubilidad de impresiones de quien en tan breve espacio juzgaba á Nápoles, con igual calor, ya una ciudad insípida y prosáica, ya el emporio de las artes y de los placeres. Defiéndese entónces con la ingeniosa dialéctica del poeta, que siente porque siente, y no necesita darse lógica cuenta de su desaliento ó su entusiasmo, ni de su poética inconsecuencia.

. . . .
. . . .
  Como en tus versos, á la faz del mundo,
De ser mudable en parecer me acusas,
Y de que el bien y el mal trueco y confundo,
  Quiero, si su favor me dan las Musas,
Al uno y otro cargo responderte,
Pues contra mí de tu talento abusas.
  No es extraño que pueda parecerte

Contradiccion en quien te dijo un dia
Que era el vivir aquí terrible suerte,
Escuchar ahora elogios á porfía,
Y decirte que es Nápoles la bella
La mansion del placer y la alegría.
Mas no hay contradiccion. Yo formé aquella
Opinion inexacta en el momento
Que en estas playas estampé la huella.
Con mar entumecido y duro viento,
Y tras de noche horrenda y desastrosa,
Aporté á estas regiones descontento.
Era del año la estacion pluviosa,
Turbia niebla el paisaje me ocultaba,
La tierra estaba sin color, medrosa;
La ciudad como muerta, y circulaba
En sus calles, de fango inmundo llenas,
La turba humilde á quien la lluvia lava.
Entré en una gran fonda, donde, apénas
Puse el pié, me asaltaron mil hambrones,
Aguinaldos pidiéndome y estrenas.
Siguió el tiempo de oscuros nubarrones,
Y me dí á las visitas de etiqueta,
Plaga de diplomáticas funciones.
. . . .
. . . .
Entré en la sociedad; hallé mohinas
Á las damas, por más que fuesen soles,
Y se adornáran de maneras finas.
Luché con una lengua que á españoles
Ignorantes tan fácil les parece,
Y que tiene, te juro, tres bemoles.
El famoso teatro, que merece
De Europa con razon la primacía,
Por el encanto artístico que ofrece,
Cerrado á piedra y lodo se veia,

Porque, de nuestra Infanta con la muerte,
La córte luto funeral vestia.
Duraba el temporal sañudo y fuerte,
Y con él los más bellos monumentos
No pueden agradarte y sorprenderte.
Ni es posible con lluvias y con vientos
De estas playas gozar, de estos vergeles,
Ni visitar iglesias ni conventos.
Envuelto entre tartanes y entre pieles,
Algunas horas paseaba en coche,
Que no eran en verdad ménos crueles;
Y á las ocho ó las nueve de la noche
Me iba á la cama, á que el imbécil sueño
Cerrára de mis párpados el broche.
¿Pudiera parecerme, dí, halagüeño
Semejante país, del cual traia
Un juïcio formado tan risueño.....?
Y mi opinion sobre él, por vida mia,
Se fundaba en Cervántes, en Moreto,
Y en los contemporáneos de valía.
Aquel, entre discretos tan discreto,
Gloria de España, ingenio sin segundo,
Dedicó á esta ciudad más de un soneto;
Y en su inmortal *Quijote*, en que fecundo
Su rica vena eternizó, la llama
La ciudad más viciosa de este mundo.
Pues el otro, que logra tanta fama
Y tanto lauro en la española escena,
Donde áun su nombre nuestro pueblo aclama,
A cada paso de piropos llena
A Nápoles, y en ella á sus galanes
Entre floridos lazos encadena.
Y si vamos más léjos, voto á Sanes,
Recuerda á autores griegos y latinos,
Pues diste culto á sus ilustres manes.

Verás que eran los mares peregrinos
De las sirenas éstos; que el sesudo
Annibal hizo en Cápua desatinos;

Y que, de Roma huyendo el clima rudo,
De Ciceron, Salustio, Horacio y Nero
La mansion del placer ser ésta pudo.

Escuchando despues tanto viajero,
Que en realzar lo que vió siempre se afana,
Era esto lo mejor del mundo entero.

Yo por sus relaciones (que engalana
La imaginacion siempre) me creia
Hallarme el paraíso y la manzana;

Que nunca en esta tierra se ponia
El rubicundo sol; que el cano invierno
Sus rigores en ella no ejercia;

Que era en los prados el verdor eterno;
Que las flores jamás se marchitaban;
Que la Abundancia aquí llenaba el cuerno;

Que mágicas beldades paseaban
Por plazas y jardines; que poëtas
Con dulce lira al viajador brindaban;

Que hasta los que en harapos y en calcetas
Cruzan por estas calles, *lazarones*,
Tocaban bandolin y castañetas.

Y tantas esperanzas é ilusiones
Viendo desparecer, quedé, te juro,
En un mar de tristeza y confusiones;

Y con color tan tétrico y oscuro
Te pinté el negro cuadro de este suelo,
De siniestra impresion so el cetro duro.

Vino despues la primavera; el cielo,
Antes de plomo bóveda pesada,
De nácar y zafir tornóse un velo.

Brotó feraz la pompa engalanada
De vegas, de montañas, de jardines;
Quedó la mar risueña y sosegada.
Admiré en su esplendor estos confines;
Del Vesubio trepé las altas cumbres;
Bosques ví de naranjos y jazmines.
De un purísimo sol gocé las lumbres;
Aprendí este lenguaje, y poco á poco
Me aficioné á esta gente y sus costumbres.
Ni amistad santa me faltó tampoco
De hermosísimas damas; sin peluca,
Ni tos, ni panza, ni tabaco y moco,
Puede un anciano verde alzar la nuca,
Y logré que dijeran muchas bellas:
¡Quanto è simpaticone questo Duca!!
Pinté con dicha los retratos de ellas,
Les hice y publiqué sonoros versos,
Y víme encaramado en las estrellas.
He encontrado tambien hombres diversos,
De ciencia, erudicion, buen gusto y fama,
En esta grata sociedad dispersos.
Un célebre escritor hay que se llama
Blanch [1], y en ciencias políticas merece
De la inmortalidad la noble rama;
Y un tal Campagna, calabrés, parece
El hijo predilecto del Parnaso,
Segun su claro ingenio resplandece.
Estos y otros, en número no escaso,
Hombres de letras, mi amistad procuran,
Y horas con ellos deliciosas paso.
Cada dia se aumentan y maduran
Aquí mis conexiones. Mis colegas
Conmigo obsequios y champagne apuran.

[1] Luigi Blanch.

. . . .
. . . .

Con tan buenos influjos, consiguiente
Era mudar de la opinion primera,
Sin tacha merecer de inconsecuente.
Antes me honra en verdad sobremanera
El escribir segun mis sensaciones,
Y no aferrado á una opinion cualquiera.
Así deben hacerlo los varones
Imparciales é ingenuos, y se dice
Que es de sabios mudar las opiniones.....
Juzgo que enteramente satisfice
La acusacion primera de tu carta,
Pues si me he contradicho, muy bien hice.....
Vamos á contestar á la otra sarta
De improperios que das á mi alegría.
Allá voy furibundo : ¡aparta, aparta! [1].

. . . .
. . . .

Aquí cambia enteramente el tono de la epístola, y no podemos seguir en este grave recinto todos los arranques de jovialidad familiar y de chistoso ingenio que abundan en ella. Tal vez habré abusado de vuestra benévola atencion, citando tantos versos inéditos del DUQUE DE RIVAS. No me arrepiento de ello. Así habré logrado distraeros por algunos momentos de la aridez de mis observaciones; y no se os esconde, por otra parte, que cuando se trata de un hombre justamente coronado por la opinion con los lau-

[1] Nápoles, 28 de Diciembre de 1845.

reles de la gloria, hasta los juegos de su ingenio son interesantes para la historia literaria. En los versos no destinados á la estampa, que he creido deber salvar del olvido, habréis visto, al ménos, cómo campea la lozana imaginacion del poeta, y cómo se ostentan las galas del versificador en una poesía íntima y casi improvisada, sin pretension alguna de refinamiento ni de aliño.

Si algun recuerdo de la historia del ilustre escritor puede traer alivio al dolor de sus amigos y de su familia, es la seguridad que tenemos de que fué dichoso, cuanto cabe serlo en la tierra, donde no hay luz sin sombra, ni cielo sin tormentas. Hasta los últimos años, en que desgracias y dolencias vinieron repentinamente á anublar el alegre horizonte de su vida, todo sonreia en torno suyo. Habia contraido matrimonio, en los azarosos tiempos de la emigracion (1825), con una mujer que amaba tiernamente con aquel amor que no se entibia ni se desmiente nunca. Á pesar de los estrechos vínculos de sangre que me ligan con ella [1], séame permitido decir, para honrar la verdad, que, discreta, ilustrada y cariñosa, parecia colocada por la Providencia al lado del poeta para endulzar sus sinsabores y dar rienda á su

[1] La señora Duquesa de Rivas es hermana del autor de este escrito.

inspiracion. Merced al entusiasmo de su esposa para las letras y las artes, halló el DUQUE DE RIVAS vida y estímulo en el ámbito escondido y á veces prosáico del hogar, donde tantos otros encuentran rémora y desaliento; y sólo Dios sabe adónde alcanza en las manifestaciones artísticas del alma esta benéfica y dulce influencia! Su mujer fué para el ilustre poeta, en el largo espacio de cuarenta años, y hasta su último suspiro, el primer consuelo, el primer afecto y la primera necesidad del alma. Los cinco años de Malta, época de vuelo y trasformacion para su gusto literario, su mujer, ayudada por la halagüeña y hospitalaria amistad de Mr. Frére y del General Woodford, logró que el poeta no advirtiera, como advirtió Dante,

Cuanto sa di sale il pane altrui,

y que aquel árido peñon de los mares, aquella tierra de proscripcion, fuera para él mansion risueña de ventura y de amor. Allí nacieron sus tres primeros hijos, de los nueve, corona de dicha y de ternura doméstica con que Dios bendijo aquella union. Allí, para felicitarla en sus dias, dirigió Saavedra á su esposa, presentándole al propio tiempo un ramo de flores, un alcartaz de dulces y una hebilla de oro,

aquel ingenioso madrigal, que conoceis sin duda á pesar de que no ha sido impreso en las *Obras completas* del autor, y que merece vivir, por ser un vestigio notable del gusto emblemático y de la delicada galantería de nuestros padres. Hé aquí el madrigal:

Flores, azúcares, oro
Te presento como emblemas
De calidades supremas
Que en tí, amada esposa, adoro.
El oro pinta el tesoro
De tu virtud y alma pura,
Los confites la dulzura
De tu amable condicion,
Y las bellas flores son
Símbolo de tu hermosura [1].

Otra época de la vida del DUQUE DE RIVAS, de ésas que los biógrafos suelen calificar de desgraciadas, fué en realidad una de las más venturosas. De ésta hablo como testigo, guiado por mis propios recuerdos. Há más de veinte años. Era uno de esos períodos de turbacion política en que no preponderaban las doctrinas que en nuestro sentir debian ser asiento y basa de la verdadera libertad. Vivíamos en Sevilla, bajo el mismo techo, unidas nuestras familias, como lo estaban nuestros corazones. En algunos

[1] Malta, 25 de Marzo de 1827.

no frecuentes momentos en que el afan político asaltaba nuestro ánimo, decíamos candorosamente que aquella época era para nosotros *época de desgracia.* ¡Cuán engañosamente juzga á veces el hombre el estado de su alma y los vaivenes de su fortuna! ¿Sabeis cuál era la desgracia á que nos condenaba nuestro alejamiento de los negocios públicos? ¡La de vivir al amor del hogar, sin zozobra ni sinsabores, entregados asiduamente al embeleso y al cultivo de las letras y de las artes, y esto en un país donde el suelo está lleno de flores, el aire de aromas, el cielo de luz, la gente de gallardía y donaire, y la memoria de poéticos y gloriosos recuerdos! ¡Cuántas veces en las encantadas noches de la primavera de Andalucía, al borde de un estanque del frondoso jardin, embalsamado el ambiente con aquella plenitud de aromas con que sólo allí trascienden los jazmines y el azahar, pasábamos dulcísimas horas entretenidos en sabrosas pláticas y lecturas con nuestros amigos, entre los cuales de vez en cuando contábamos por dicha poetas esclarecidos! Algunos de ellos [1] escuchan en este momento mis palabras con la íntima fruicion con que evoca la fantasía deleites que huyeron para no volver; á otros los esconde el sepulcro; á alguno lo esconde

[1] Los Sres. D. Tomas Rodriguez Rubí y D. Ramon de Campoamor.

tambien ausencia indefinida, para sus amigos triste y amarga. Y ¿por qué no decir el nombre de éste, que ya sin duda habeis adivinado? El ilustre Zorrilla, tambien poeta épico y calderoniano á la manera del DUQUE DE RIVAS, aumentó alguna vez el hechizo de aquel jardin, leyendo con su entonacion inimitable y fascinadora el cuento titulado *La Cabeza de plata*, y muchas otras producciones de su ingenio fecundo y peregrino.

Ved con cuánta ternura, con cuánta gala recuerda el mismo DUQUE DE RIVAS el solaz de aquellas regaladas horas, en una contestacion poética que dió á unos versos que Zorrilla le habia dedicado en 1844.

Pues si tú tanto recuerdas
Las delicias de Sevilla,
Del Guadalquivir la orilla,
Y mi tranquila mansion;
¿Qué haré yo, mi amado amigo;
Qué haré yo, que dejé en ellas
De mis ojos las estrellas,
Las prendas del corazon?
Ni pienses que olvidar puedo
Aquellas fugaces horas,
Tan dulces y encantadoras,
Que presto tuvieron fin,
En que los versos divinos
Que de tu labio brotaban,
Luz, calor, y cuerpo daban
Al aura de mi jardin.

Ésta era, pues, la *desgracia* en que entónces viviamos; *desgracia feliz*, que nos ahorraba las tormentas y los tormentos de la vida política, daba á las facultades privilegiadas del alma el noble y provechoso empleo á que le arrastraban cultas y fervorosas aficiones, y producia, entre otras obras importantes del DUQUE DE RIVAS, su drama fantástico *El desengaño en un sueño.*

Y ¿cómo no habia de ser feliz el DUQUE DE RIVAS con las prendas peculiares de su carácter apacible y festivo?

Nuestro distinguido compañero D. Tomas Rodriguez Rubí, decia ingeniosamente, conmemorando en esta noble Academia las prendas de D. Francisco Martinez de la Rosa, que este varon esclarecido, cuando jóven, era anciano por la madurez del entendimiento, y cuando anciano, era jóven por el ardor de las ilusiones y de los afectos. El DUQUE DE RIVAS no ofreció nuevo ejemplo de este contraste. En las mocedades y en la ancianidad fué siempre igualmente jóven, como se ha dicho tambien del Tasso. Sueños de imaginacion, vivacidad de afectos, lozanía de impresiones, confianza caballeresca en el trato humano, espíritu festivo, alegría genial inalterable: puede decirse que ese risueño séquito de

amenas realidades y brillantes quimeras, que acompaña los primeros años de la vida, le acompañó sin tregua hasta los confines del sepulcro. Ese espíritu juvenil, inextinguible en su corazon y en su mente, era el manantial de sus simpáticas prendas y del carácter animado y ardiente de su númen. Cuando empezaba á rendirse al peso de la edad, y, segun la bella metáfora de uno de nuestros grandes poetas,

Iba ya siendo báculo su espada,

sentia bullir todavía en su alma los alegres ímpetus de la edad temprana, y luchaba, por decirlo así, á brazo partido con los esfuerzos incontrastables del tiempo. Bien claro lo expresaba él mismo en una de sus cartas familiares de Nápoles (Setiembre de 1845).

Un testigo mejor [1] no era posible
Que halláras de mi vida en esta tierra,
Para mí tan risueña y apacible.
Te habrá dicho sin duda que se emperra
En vano la vejez por derribarme,
Y que resisto su maldita guerra;
Pues miéntras no se cansen de ayudarme
Mi robustez, mi musa y mis pinceles,
Jóven á su despecho he de llamarme.
Del *Moro* y los *Romances* cien carteles

[1] Alude á un diplomático, amigo suyo, que pasó de Nápoles á Lisboa.

Á la ciudad anuncian traducciones,
Y hablan de ellos revistas y papeles.
Adornan gabinetes y salones
Los retratos que pinto con más fama
Que la de los Tizianos y Giorgiones.
Y á la más linda y desdeñosa dama,
Insensible á un dulcísimo soneto,
Adulador pincel tal vez la inflama.....
. . . .
Tengo ya en mi cartera dos quintales
De diplomas de Cuerpos diferentes
Que del saber de Italia son puntales.
Pues cuantos hay despues de las vertientes
De los fragosos Alpes hasta el cabo
Do Polifemo ejercitó los dientes,
Grátis, y sin que expenda ni un ochavo,
Académico suyo me pregonan,
Porque en Castália mis pañales lavo.
Mas con lo que mis dichas se coronan
Es hoy con verme *Senador* de España,
Como varios periódicos lo abonan.
Pues será para mí grande cucaña,
Conservando este puesto alto y honroso,
Las tierras ver que Manzanares baña;
Asistir por dos meses al fogoso
Parlamento; charlar en él un rato;
Irme despues al Bétis delicioso;
Las prendas de mi amor y mi conato
En mi seno estrechar, y luégo, luégo,
Regresar á este Eden tranquilo y grato.

¡Dígase si no está rebosando en estos versos la juguetona y tierna expansion de la edad juvenil! Dos años despues escribia su bellísima composicion *Á la*

Vejez, molesta imágen que por lo visto le asediaba entónces. En ella aparenta resignarse á la privacion de todos los placeres, y declara que ya no son para él, ni los goces de los banquetes, ni el bullicio de los festines, ni la alegría de las praderas, ni siquiera los triunfos de la poesía. No le creais; toda aquella misantropía es mero artificio del ingenio. Su conformidad imposible, su vida de entónces, las galas mismas de la composicion le desmienten. Es como el sermon de un gastrónomo que predica la abstinencia en medio de la opulenta profusion de su mesa. Es, en una palabra, la paradoja de un sibarita.

Hay almas que están dotadas de juventud eterna. Ni el mundo las gasta, ni los reveses las enseñan, ni los vaivenes de la vida las entristecen. El tiempo malgastaba sus afanes con el DUQUE DE RIVAS. Aquel hombre podia morir, pero no podia envejecer.

En los últimos tiempos de su enfermedad, ya al borde del sepulcro, recibió el DUQUE DE RIVAS una visita que conmovió hondamente su ánimo triste y decaido. Por mandato terminante de los médicos, ya no recibia en su habitacion ni aun á sus más íntimos amigos. Pero el que ahora se presentaba tenía títulos privilegiados, que debian abrirle las puertas de aquella estancia del dolor. Era nuestro dignísimo compa-

ñero, el Sr. D. Antonio Alcalá Galiano. Como uno de los más elocuentes iniciadores en España de las doctrinas constitucionales, y como crítico reformador y agudo, habia influido grandemente aquel esclarecido anciano en la vida política y literaria del ilustre enfermo. Al verse ahora los dos amigos, que, por la dilatada enfermedad del uno y por las tareas ministeriales del otro, no se habian encontrado mucho tiempo habia, asaltaron sin duda la mente de ambos, recuerdos al par tristes y alegres de otra edad, vicisitudes de épocas turbulentas, lazos de juventud, de letras, de infortunio, de proscripcion. Ambos derramaron tiernas y amargas lágrimas. Galiano habia sabido el estado de postracion extrema en que se hallaba el DUQUE DE RIVAS, y no queria que bajára al sepulcro aquel por tanto tiempo y por tan varios títulos compañero y amigo, sin estrechar su mano querida por la postrera vez. Ya no volvieron á verse en la tierra. Pero ¡oh inescrutables designios de la Providencia! No el enfermo postrado y moribundo, sino el ministro que le visitaba, firme y activo todavía, si bien agobiado por los años y por las penalidades del mundo, era la primera víctima que la muerte habia señalado. El DUQUE DE RIVAS espiró setenta y dos dias despues de D. Antonio Alcalá Ga-

liano, que habia nacido para la desgracia, como su amigo para la ventura, y cuya austera honradez y relevantes merecimientos sólo conocieron á fondo los que cultivaron su amistad muy de cerca.

¿Qué mucho que estas tristes imágenes despierten involuntariamente en vuestro corazon nuevos recuerdos igualmente profundos y dolorosos? Otro amigo, otro compañero esclarecido, D. Joaquin Francisco Pacheco, ha desaparecido para siempre de nuestro lado prematura é inesperadamente.

Así como Martinez de la Rosa y Saavedra, era Pacheco de aquellos hombres que entran por la florida senda de las letras en la ardua y escabrosa de la política, para subir despues en alas del talento á la cumbre de los honores y de las dignidades públicas. La toga, la tribuna parlamentaria, las academias de las letras, de las artes y de las ciencias lloran de consuno la eterna ausencia de quien supo dejar en ellas rastros de verdadera gloria.

Y ¿qué os puedo decir de la muerte de otro amadísimo compañero, nuestro inolvidable D. Ventura de la Vega? La nacion entera lamenta con nosotros la pérdida de este insigne escritor dramático. Poseia en alto grado el precioso dón de un gusto severo y acendrado; dón rarísimo, y no ménos esen-

cial en las letras que la imaginacion inventiva y ardiente. No necesito recordaros sus notables obras, escasas en número, pero ricas en prendas literarias de valor muy subido.

Todos sabeis, como yo, que el autor de *El Hombre de mundo*, comedia que es modelo de estructura dramática, de agudeza cómica, de verdad humana y de verdad local; que el continuador del lenguaje escénico de Moratin, harto olvidado en nuestros dias, tiene reservado un lugar privilegiado y eminente en la historia del Teatro español.

¡No há muchos dias! apénas cerrada la tumba en que duerme Vega con el eterno sueño, otra tumba se abre para el ilustre Marqués de Pidal, que lloramos, no sólo como académico insigne, sino como uno de los patricios más respetables y más dignos que ha producido nuestra nacion. Los lazos de amistad acendrada y de respetuoso cariño que á él me ligaron siempre, podrian hacer parecer en mis labios inspiradas por favorables prevenciones las alabanzas que tributase á este varon esclarecido; pero tan altas fueron sus prendas, tan notorios y provechosos sus esfuerzos por el bien de la patria, tan evidentes su vasto saber y su profunda inteligencia, tan importantes sus obras literarias, que bien puedo aven-

turarme, sin ser tachado de parcial, á esta honrosa conmemoracion. El que en dias de riesgo y turbacion, prudente y sabio con la pluma, franco y brioso con la palabra, contribuyó tan poderosamente á cimentar el trono, la religion y la libertad, tiene reservado uno de los puestos más encumbrados y gloriosos en los anales políticos de su época. El que, incansable en las exploraciones literarias é históricas, no satisfecho con descubrir, publicar é ilustrar venerables monumentos de la lengua y de las letras castellanas, empleó la inaccion política á que le sujetaban sus dolencias, en escribir la admirable *Historia de las alteraciones de Aragon*, luminoso estudio, en el cual se desvanecen tantos errores de la pasion y de la rutina, ha estampado para siempre su nombre en la historia literaria de Europa.

Lo que le ha granjeado especialmente, no sólo el aplauso, sino el respeto de la posteridad, es, por una parte, el conocimiento profundo que tenía del espíritu tradicional de su país, y la conviccion que abrigaba de la necesidad de atender en cualquiera reforma á ese mismo espíritu, que es como la fuerza vital de las naciones; por otra, el sentido moral, hondo y austero, que está, por decirlo así, grabado en todos sus actos y en todos sus escritos, ya políticos, ya lite-

rarios; sentido moral que no se desmiente jamas, que no desmaya ante las adversidades públicas ni ante las amarguras del encarnizamiento implacable de los partidos.

Pero ¿por qué me detengo á enaltecer lo que de suyo se colocó tan alto? Hasta los enemigos políticos del Marqués de Pidal han reconocido siempre los fundamentos imperecederos de su gloria, y nadie ha llevado la injusticia hasta negarle su elevado talento, su ardiente patriotismo, su acrisolada honradez, su lealtad, su intencion pura y elevada.

Perdonad, Señores, que me haya detenido un momento ante estos cuatro sepulcros venerados, que han salido, por decirlo así, al paso de mi pluma. Al pensar que en el espacio de algunos meses se han desvanecido tales lumbreras de la patria, no me ha sido dable dejar de enlazar con los laureles del Duque de Rivas los no ménos honrosos que á estos insignes Académicos depara igualmente la posteridad. Para ellos pasaron, como pasa el viento de las pasiones, los ciegos y temerarios juicios, que son funesto indicio y lamentable achaque de los tiempos de turbacion. Sus altas prendas de carácter y de entendimiento resplandecen ya con la luz serena que brota de las tumbas gloriosas, y yo me complazco en pro-

clamar tan nobles prendas en este santuario de la imparcialidad y de la inteligencia.

Apartemos con horror la vista del año de 1865, año funesto, que nos ha arrebatado cinco amadísimos compañeros, que por diversos títulos y caminos alcanzaron las palmas de la inmortalidad[1]. El DUQUE DE RIVAS, Galiano, Pacheco, Vega, Pidal... ¿cómo llenar el hondo vacío que estos eminentes varones han dejado en la Academia y en la nacion?

Tiempo es ya de poner término á este largo y desaliñado discurso, en que he dejado correr la pluma, sin más órden que el, no muy académico, que traian consigo los sentimientos y los recuerdos. Acabo, como empecé, dolorida el alma por la irreparable desgracia que hoy nos congrega en este sitio.

Todos lo comprendeis. Llega una edad en que, cansado el ánimo de los vaivenes del tumulto humano, lastimado el corazon en las asperezas del desengaño, de la injusticia y de la indiferencia, recoge involuntariamente las alas con que en los albores de la juventud intentaba remontarse á los mágicos es-

[1] D. Antonio Alcalá Galiano falleció el 11 de Abril.
El DUQUE DE RIVAS, el 22 de Junio.
D. Joaquin Francisco Pacheco, el 8 de Octubre.
D. Ventura de la Vega, el 29 de Noviembre.
El Marqués de Pidal, el 28 de Diciembre.

pacios del amor, de la gloria y de la confianza. Se estrecha y se anubla el ancho y claro horizonte de aquellos sueños inefables; y al cabo, desmayada y temerosa, se concentra el alma en los puntos luminosos de la vida pasada, en los encuentros felices que han dejado en ella rastros de emocion profunda y verdadera. Santa amistad, ternura intensa y desinteresada, admiracion sincera de las obras del arte ó del ingenio, vosotras sois los únicos consuelos de la tierra. Pasan con los años los engañosos deleites de la esperanza. La fantasía, ya estéril y escarmentada, no se atreve á mirar adelante; sus ilusiones no están ya en el porvenir: se cifran casi exclusivamente en lo pasado. La mujer fiel y cariñosa, que arrastró con nosotros la carga de la vida; el amigo leal y constante, que se sobrepuso en momentos de prueba á las sugestiones del orgullo ó de la envidia; el sabio, el poeta ó el artista que hizo penetrar en nuestra alma la luz de la razon ó el sagrado fuego del entusiasmo, constituyen el tesoro de la edad madura. Por eso, cada vez que la muerte amengua el tesoro y desvanece un rayo de aquella luz consoladora, el alma se estremece y se apoca. Por eso lloramos hoy al DUQUE DE RIVAS con lágrimas sinceras.

Y ¿cómo hemos de olvidarle? Nos ha legado el

blason de su renombre literario, unido para siempre á las glorias de la Academia; nos ha legado su imperecedero recuerdo como amigo tierno y constante; nos ha legado, en fin, su propio hijo, nuestro amado compañero el Marqués de Auñon, hoy ya Duque de Rivas, quien (me atrevo á decirlo, porque creo que no me ciega el cariño que le profeso) sabrá sostener dignamente el peso de honor y de gloria que ha heredado de su ilustre padre.

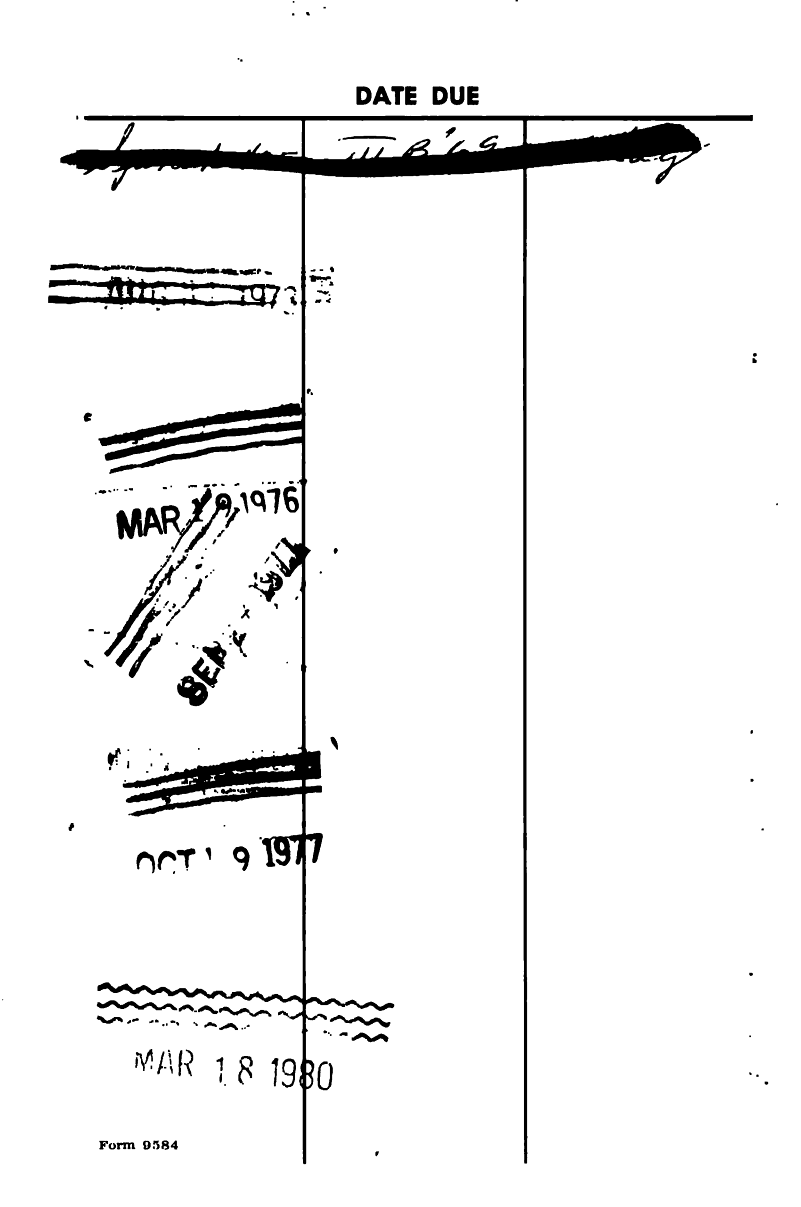
Aun veo, y veré miéntras viva, con los ojos de la memoria y del corazon, en el lecho del dolor y de la muerte, á aquel que habia sido por su vivo y jovial ingenio y por su afable y dulce condicion, el encanto de su familia. Rodeábale ésta, no, como solia, brotando el contento y la risa al hechizo de sus palabras, sino llenos los ojos de lágrimas y el alma de incurable amargura. Cuando voló su espíritu al seno del Criador, parecia áun más visible en su semblante el sello de aquel alma apacible y honrada. Su noble expresion se hallaba realzada por la majestad de la muerte.

¡Dios haya cambiado en su frente la mezquina y perecedera aureola de la gloria terrestre, por la aureola inmensa y eternamente luminosa de las glorias del cielo!

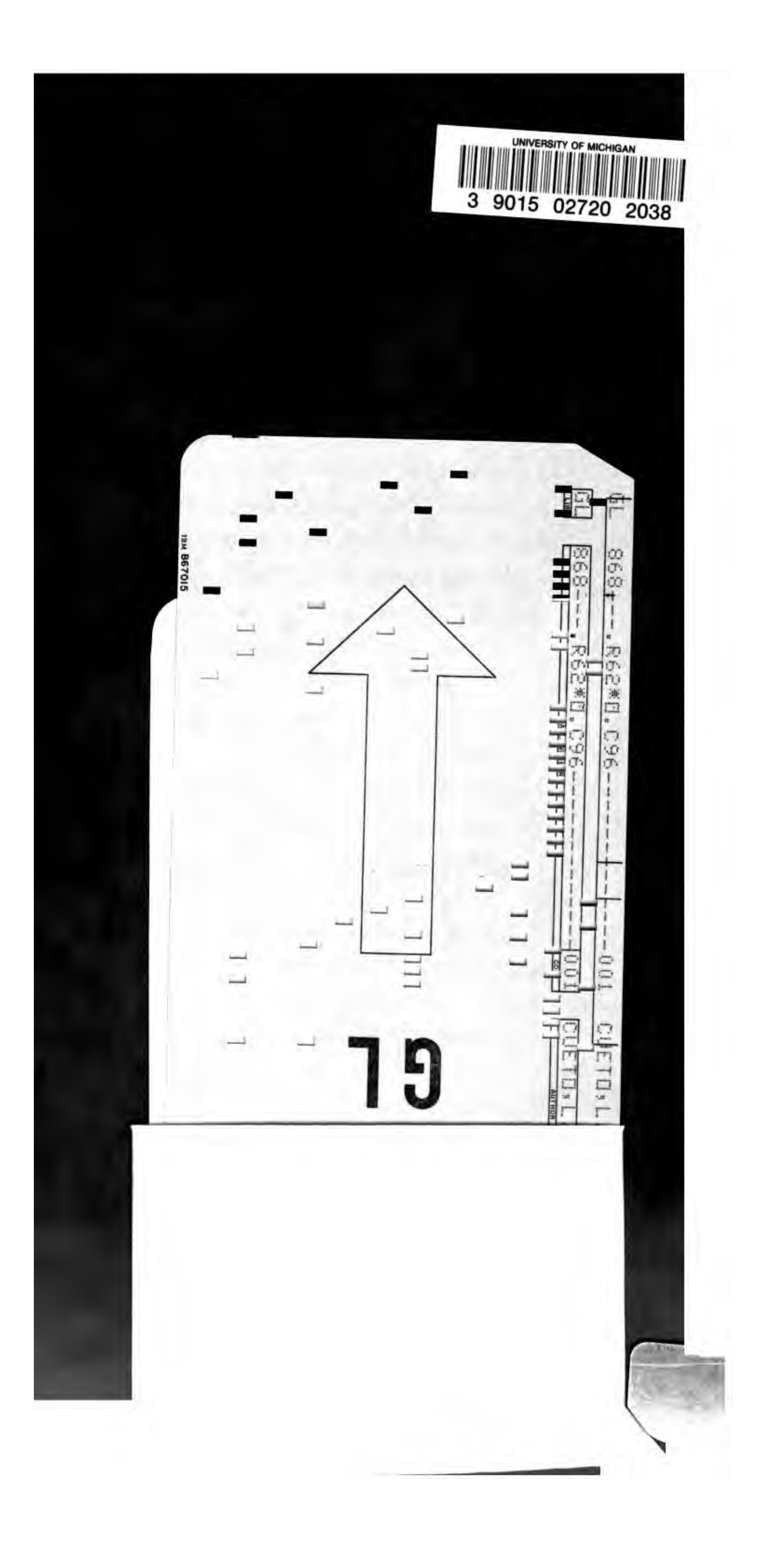
---

n. 90

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
GRADUATE LIBRARY



7585


UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 02720 2038
GL 868 .R62*D.C96 001 CUETO,L.
GL